

EL PRIMER CENTENARIO

DE

BOLIVAR

EN LA CAPITAL DE LA PROVINCIA

DE

AZOGUES.



NOVIEMBRE DE 1883.

IMPRESO POR MIGUEL VINTIMILLA.

A BOLIVAR

EN EL CENTENARIO DE SU NATA **U. I T O**

A ANACARSIS MARTINEZ



Del heroísmo al embate
Cayó el tirano vencido,
Y en lugar del estampido
Aterrador del combate,
La paz que sus alas bate
Al posarse en nuestro suelo,
Hace oír con noble anhelo
Himnos de dulce alegría,
Que se tornó en claro día
La noche de negro duelo.

Hoy la patria redimida
Del ~~suelo~~ levanta ufana
La enseña republicana
Y comienza nueva vida;
Alza su voz conmovida
Proclamando libertad;
La justicia y la igualdad
Suceden al vicio obseno,
Y se abrazan en su seno
Amor y fraternidad.

Espectáculo grandioso !
Ver al Ecuador triunfante,
Consagrar en este instante
Sus laureles generoso,
Al héroe exelso y glorioso,
Padre de cinco naciones.
Recibe estas ovaciones,
Genio que al mundo enagenas,
Los que han destruido cadenas
Hoy te dan sus corazones.

Al volar de la metralla
Viste el peligro impasible,
Dominando aun lo imposible
Como el dios de la batalla:
Donde Bolívar se halla.
Allí la victoria está;
Carabobo y Bomboná
Te ofrecen alto trofeo,
Vencedor en San Mateo,
En Junín y en Boyacá.

Pero no, tus huestes fieras
También rechazadas fueron;
Mas nuestros campos las vieron
Asomar más altaneras
Tremolando las banderas
En que el iris luce al viento:
A tu prolífico acento
Brotó la tierra legiones
Siendo contra el León, leones
Tu constancia y tu ardimiento.

Al noble timbre de atleta
Que emancipó un continente,
Uniste el lauro luciente
De orador y de poeta;
A tu palabra sujeta
La voluntad se encontraba
Del pueblo que te aclamaba
El vencedor del ibero,
Cuando al fin tu invicto acero,
A tus plantas le postraba.

Ah! tu esfuerzo sin segundo
Patria libre nos donó,
Y en premio tu alma encontró
Un desengaño profundo.
Aun conserva el nuevo mundo
Tus postrimeros gemidos,
Ellos resuenan sentidos
Cual maldición espantosa,
Y Colombia ve llorosa
Sus tres pueblos desunidos.

De tamaña ingratitud
Cuánto se ha pagado el crimen:
Tus hijos se matan, gimen
Al yugo de esclavitud,
Que olvidando tu virtud
Se armaron de odios insanos.
Pero hoy los ecuatorianos
Reconquistan sus derechos;
Fieros esponen sus pechos
Por no soportar tiranos.

Oh! que jamás la anarquía
Despliegue su furia horrenda,
Ni la discordia pretenda
Empañar tanta hidalgía;
Que se afirme en este día
Invocando tu memoria
La unión que sabe dar gloria
A partidos encontrados,
Cuando viéndose ultrajados
Se lanzan á la victoria.

Unión! unión! es el grito
Que axhalaste agonizante
Cuando á orillas del Atlante
Te hallabas pobre y proscrito;
Que este legado bendito
Que dejó tu corazón,
Aproveche esta noción,
Hoy que en sangre está inundada
Y de combatir cansada
Quiere paz con efusión.

Celiano Monge

Ambato, Julio 24 de 1883.

EL 24 DE JULIO DE 1883

EN AZOGUES.



La falta de imprenta en esta ciudad y otros varios obstáculos han impedido la presente publicación, que debía haber seguido inmediatamente á la gran fiesta continental; mas ahora que hemos podido vencerlos, nos apresuramos á hacer una somera relación de las manifestaciones de admiración y gratitud con que Azogues ha celebrado el Centenario del grande hombre de la América del Sur. Damos también á la estampa el drama original del Señor doctor Emilio A-
bad, puesto en escena en la noche del veintitres al veinticuatro de Julio, por las razones consignadas en el discurso con que el Señor Leon Torres dió principio á la función. El drama fué escrito expresamente para solemnizar el Centenario de Bolívar, á invitación del Ilustre Concejo Municipal de Azogues, el cual, inspirándose en los sentimientos de patriotismo que dictaran el Decreto Ejecutivo expedido el 10 del último Abril, puso los medios de su alcance para dar á la solemnidad todo el brillo que puede esperarse de un pueblo que inicia su curso en el camino del progreso. El siguiente acuerdo municipal, que copiamos en parte, manifiesta el entusiasmo de aquella Corporación, y servirá además de descripción de muchos de los por-
menores de la festividad á que nos referimos.

EL CONCEJO CANTONAL DE AZOGUES,

CONSIDERANDO:

ACUERDA:

Art. 1º El cumplimiento del Decreto en referencia, en la parte que á la Municipalidad corresponde, se ejecutará con arreglo al siguiente

PROGRAMA.

1º A las seis de la tarde del veintitres de Julio próximo, se izará en la galería de la casa de Gobierno, y mientras las bandas de música ejecuten el himno Nacional, el pabellón de la República, delante del retrato del ILUSTRE CAPITAN COLOMBIANO, colocado con anticipación en el fondo de la misma.

2º Todas las puertas de las casas y tiendas de la ciudad pondrán en seguida el respectivo alumbrado de cuenta de los propietarios, y la Municipalidad costeará el que deberán llevar profusamente la fuente pública, la casa de Gobierno y la del Municipio y la torre de la Iglesia matriz, hasta las diez de la noche.

3º A las nueve de la misma noche principiará una función dramática desempeñada por la mas escogido de los jóvenes del país de la obra original que componga uno de los mejores literatos del lugar.

4º Desde las cinco de la mañana del día veinticuatro se encontrará endocelada completamente toda la ciudad, llevando en cada puerta de las casas, tiendas ó ventanas, banderas emblemáticas en consonancia con la conmemoración de fecha tan fausta como imperecedera.

5º A las nueve de la mañana se celebrará una misa solemne en acción de gracias al TODO PODEROSO, con asistencia del primer magistrado y demás empleados nacionales, en virtud de la invitación oficial que se les dirija al efecto, la Corporación municipal, y todos los demás funcionarios públicos y sugetos notables del país.

6º Se constituirán en la galería de la casa de Gobierno, en donde tendrá lugar la recitación de los discursos que todo ciudadano tiene derecho á pronunciar en tan solemne ocasión.

7º Las bandas de música continuarán ejecutando las mejores piezas en la misma galería hasta las nueve de la noche, en la cual la iluminación será la misma que en la precedente; y luego principiará otra función dramática que deben representar las alumnas del colegio de niñas, en celebridad del centenario del primer Capitán de Sur-américa....

Este programa se realizó en medio del alborozo general de la población, que celebraba con entusiastas vítores el natalicio del Libertador. La banda de música hacía escuchar los melodiosos acordes de escogidas piezas, entre las que figuraban el himno nacional y el de Bolívar compuesto expresamente por el artista azuayo Señor José María Rodríguez, y

cuya letra, escrita por el Sor. Dor. Emilio Abad, fué cantada por la juventud del país.

Durante la noche del veintitres al veinticuatro de julio, la casa municipal, en que se había arreglado el proscenio, estaba llena de una inmensa concurrencia, que palpitaba de entusiasmo al escuchar los acentos de la libertad repetidos por los actores del drama y ofrecidos como un holocausto al Héroe de Colombia. Los Señores Salvador Andrade, Eliezer Regalado, Rosendo y Rodolfo Ramíres, León Torres, Estanislao Monzalve, Ezequiel Vega, Daniel Vicuña, Benigno Ochoa Díaz, Manuel I. Toledo, Ulpiano y Domingo Ochoa y Daniel Andrade desempeñaron satisfactoriamente su improvisado papel de actores; y los próceres del “Primer grito de la Independencia” tuvieron dignos representantes en la escena. Terminó la función de aquella noche con la petipieza intitulada “Los Percances de un Solterón”, escrita en verso por el mismo autor, cuyo nombre fué celebrado en dos alocuciones dirigidas por los Señores Francisco y Teófilo Pozo.

En la noche del veinticuatro de Julio, y en medio de igual concurrencia, declamaron en el proscenio brillantes y entusiastas discursos los Señores Dor. Antonio J. Flores, Jefe Civil y Militar de la provincia, Dor. Ignacio Valdiviezo, en representación del Concejo Municipal del Cantón, doctores Angel D. Ródas y Ezequiel y Benjamín Urigüen y SS. Teófilo Pozo, Eliezer Regalado y Emilio Cordero. Sentimos que la premura del tiempo y otros obstáculos nos impidan la publicación de aquellas piezas, que manifiestan el patriotismo y la ilustración de sus autores y el génio poético de los SS. Doctor Benjamín Urigüen y Teófilo Pozo, que recitaron hermosas odas que arrancaron el aplauso de la concurrencia, así como los bellos rasgos oratorios de los demás Señores.

Concluida la declamación de los discursos, se puso en escena, por varias alumnas del colegio de niñas de la ciudad, el drama titulado “Las Románticas”.—Todas las gracias que la naturaleza ha concedido al bello sexo y á la niñez, formaron de aquella representación una especie de concierto de mágica armonía que tuvo encantada á la concurrencia.

Publicamos en seguida el himno á Bolívar, el discurso con que el Señor León Torres inició la función de la noche del veintitres de Julio y el drama representado entonces, como un débil homenaje rendido á la memoria del Grande Hombre.

HIMNO A BOLIVAR.

Alza ¡oh Pueblo! radiosa tu frente,
Grata eleva á los cielos tu faz,
Y á Bolívar aclama ferviente
Como al génio de guerra y de paz.

¡ Destacarse en el ancho horizonte,
Cual sublime gigante de gloria
Con el brillo que irradia la historia
La Centuria pasada no ves ?
Ella trae feliz de la mano
A un infante del mundo al proscenio,
Y le inspira el aliento del génio
Y lo lanza del mundo al través.

Y este siglo lo miro pasmado
Esgrimir su flamígera espada,
Y á la España llevar debelada,
Como ahuyenta las nubes el sol;
Y fundar á Colombia la grande
En el campo inmortal de la guerra,
Decorando su clásica tierra
Con los rayos de un libre arrebol.

¡ Salve, excelso Bolívar! Tu imagen
En los siglos se mira estampada
Con la aureola radiante y sagrada
Que los hombres no pueden borrar.
Tu alto nombre celebran mil cantos,
Y las auras repiten sus notas,
Y hasta en playas lejanas, ignotas
A tu fama se siente cruzar.

Tus heroicas hazañas nos sirven
De solaz en las castas veladas,
Y al contar esas glorias pasadas
Te bendicen los lábios doquier.
¡ Salve, oh Padre de cinco Naciones !
Saludamos gozosos tu cuna,
Como origen de la alta fortuna
Que á tus Hijas supiste ofrecer !

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR LEON TORRES.

Señores:

La antigua invención de las composiciones dramáticas, su rápido incremento en las naciones cultas, su general aceptación en los pueblos civilizados: todo prueba la excelencia de aquel ramo de la literatura. La Grecia, la Inglaterra y la Francia se glorían de los Sófocles, los Eurípides, los Shakespearé, los Racine y los Corneille como de sus mas grandes hombres; porque ellos han sabido ofrecer al pueblo, en los sublimes y patéticas.escenas de sus dramas, con los amenos deleites del espíritu, las máximas que alumbran el camino de la vida.

La obra que vamos á ofrecer, de escaso mérito sin duda, tiene sin embargo el de recordarnos los actos de heroismo que dan gloria á nuestra patria y el de traernos á la memoria los acentos de la libertad, que deben escaparse siempre de un pecho americano.

Al celebrar el primer Centenario del grande hombre del mundo de Colón, no podía hacerse á los manes del Héroe ofrenda mas sagrada que el recuerdo de los primeros actos de la libertad en el pueblo que él sacara del caos con el poderoso influjo de su espada y su génio. Los próceres de la independéncia americana, que vereis puestos en escena, rodearán sin duda al ínclito Bolívar en la desconocida región del Infinito, y le presentarán el tributo de admiración y de gratitud, que le rinde este pueblo entusiasta por todo lo grande.

Las faltas literarias del drama, lo imperfecto de la declamación encontrarán, no lo duño, la mas cordial benevolencia de nuestra parte, en obsequio de los hechos que se celebran y de la grandiosa cuna que el siglo décimo octavo nos presenta como el símbolo del génio, del valor y del patriotismo.

Ojalá pueda el primer grito de la libertad despertar en vuestros pechos los nob'es sentimientos que produjeron aquel sublime ejemplo de abnegación y de he-

roismo! Quiera el Cielo, que el acento de los libres se escape siempre con unísona vibración del pecho de mis compatriotas, y que la imperecedera memoria de 1809 y 1810 se levante con majestuosa arrogancia al frente de los tiranos que quieran sojuzgar á mi patria!

EL PRIMER GRITO

DE LA INDEPENDENCIA.



DRAMA EN TRES ACTOS,

Dedicado al M. I. Concejo Municipal de Azogues,
como un homenaje rendido a su ardoroso entu-
siasmo en la celebración del primer Cen-
tenario del nacimiento del
LIBERTADOR.



POR

Emilio Abad.



EL PRIMER GRITO DE LA INDEPENDENCIA.

DRAMA EN TRES ACTOS.

Por el Señor Doctor Emilio Abad.

PERSONAS.

DON JUAN PIO MONTUFAR,
Marques de Selva Alegre.

DOR. ANTONIO ANTE.

DOR. MANUEL R. QUIROGA.

DON JUAN de D. MORALES.

DON JUAN LARREA.

DON JUAN SALINAS.

DON PEDRO MONTUFAR.

DON FRANCISCO J. ASCASUBI.

DON MANUFL MATHEU.

JOSE JERES.

DON MANUEL URRIES, *Conde Ruiz*
de Castilla.

DON JOSE BUSTILLOS.

DON FRANCISCO J. MANZANOS.

DON FELIPE FUERTES AMAR..

Guardias, soldados, pueblo.

EL PRIMER GRITO

DE LA INDEPENDENCIA.

DRAMA EN TRES ACTOS.

ACTO PRIMERO.

El proscenio representa un espacioso salón en casa de la Sra. Manuela Canizares en Quito, amueblado con lujo. Tendrá una puerta con cerrojos en el fondo, ventanas cerradas &c.—Un reloj da las *doce de la noche al levantarse el telón.*

ESCENA I.

JOSE JERES.

Las doce de la noche! Tal es la hora
En que debe instalarse nuestra Junta,
Para que los destinos de la Patria
Por sus hijos amantes se discutan!
Y no vienen! Ya temo que los godos
Con sus viles manejos y su astucia
Conozcan nuestro intento sacrosanto
E impedirnos pretendan que se cumpla
O talvez el pavor, monstruo espantoso,
Con su hálito letal, su faz sañuda,
Recorra en este instante nuestra Quito
Y en los caudillos su ponzoña infunda!
Pero nó! que Morales y Larrea,
Quiroga, Ante, Salinas y Montúfar
Son hombres que conservan en su pecho
El varonil aliento que se burla
De los peligros que los ojos miran,

Y de los lazos que la niebla oculta.
¿Cómo pudieran los valientes hijos
De América olvidar á los que insultan
Con su tiránico poder el suelo
En que vieron la luz?.... Mas, ya se escuchan
Vagos sonidos que la noche envía,
Cercanos pasos que el silencio turban....
Se acercan....¿Quién pretende á tales horas
(Golpean la puerta.)
Entrar aquí?

SALINAS.—(Desde afuera.)

Un amigo.

JERES.

Y á quién busca?

SALINAS.— A su Dios y á su Patria!

JERES.—

Pues, entrad! (Abren la puerta.)

ESCENA II.

(Jeres y Don Juan Salinas embozado y con careta).

SALINAS.— Salud!

JERES.—

Salud; Señor!

SALINAS.—

La noche oscura

Nos protege.—Me dijo ya el portero
Que ninguno ha venido aún, y no hay duda
Que me habló la verdad.

JERES.—

Presisamente;

Y esto me llena de mortal angustia,
Pues, no encuentro respuesta que me aclare
Tanta demora que el honor repugna.

SALINAS.—

Nada temas.—¿Acaso el viejo Conde
Nuestro proyecto redentor calcula,
Para que pueda ejecutar los medios
Que le dictase previsión astuta?
Quién puede revelarle fementido
Lo que en su fondo el corazón sepulta?
Disipa tus recelos, nuestros socios
En su alma tienen cualidades sumas:
Desprecian valerosos el peligro
Y pronto con destreza lo conjuran;
Entusiastas adoran á su patria,
Y tras su libertad y su fortuna

Se lanzan, ofreciendo su existencia
Y cuanto á su progreso contribuya.

JERES.— Lo conozco también; pero, decidme
Contra infame traición ¿quién nos escucha?
Mientras buscamos libertad y patria;
En tanto que rompemos vil coyunda
¿No puede, acaso, el Conde de Castilla
Conseguir que un espía se introduzca,
Para que oyendo nuestros planes todos
Al momento verídico le instruya?
¿La traición es una arma poderosa,
De los tiranos la más firme ayuda!

SALINAS.— Discreto eres; mas, ella no podría
En los patriotas enclavar sus uñas.
Los viles, los cobardes son su presa,
Pero los nobles corazones nunca.
Queda tranquilo, Jeres, no supongas
Que nuestro plan en los abismos se hunda.

JERES.— ¿Me consolais, Sr. (golpean la puerta) Diga su nombre
Quien á mis puertas á deshora acuda!

MORALES.— Uno de amigos! (*Desde afuera*)

JERES.— ¿Qué pretende aquí?

MORALES.— Su Dios, su Patria conservar procura.

JERES.— Sin duda es de los nuestros! (*A Salinas.*)

SALINAS.— Ya lo creo.

JERES.— ¡Adelante! (*Abre la puerta.*)

ESCENA III.

(Los mismos y Don Juan de Dios Morales.)

MORALES.— (*Con antifaz*) Señores, os saluda
Vuestro amigo cordial!

SALINAS.— Pues, os pagamos
Vuestro fino saludo con usura.

MORALES.— Han dado ya las doce; mas con todo
Nuestros socios muy poco se apresuran.
¿Qué causa puede retardar los pasos,
Cuando la honra severa nos impulsa?
¿Acaso, los proyectos que abrigamos
Sin mucho ardor ni diligencia mutua,
Pueden llevarse á término feliz

SALINAS.— Contra las huestes que el rival aduna?
Parece que impaciente ya olvidáis
Que apenas ha sonado la hora justa,
Fijada como un toque de trompeta
Que á los patriotas ardorosos una,
Ya vendrán, y veréis que en el instante,
Llenos de celo, de viril bravura,
Exigen develar al enemigo
Por do quier sin tardanza, sin excusa.

MORALES.— Dispensad, pues, el odio que me anima
Contra la estirpe maldecida, impura,
Que quiere conservar á nuestra Patria
Atada siempre con cadenas rudas,
Excita mi entusiasmo, de tal suerte
Que hasta recelo que mis socios huyan,
O que su paso llegue á ser tardío
En la senda gloriosa que conduzca
A esa región ideal á que aspiramos,
Donde la hermosa libertad pulula.
No conozco quien sois; mas lo aseguro
Seréis de los primeros en la lucha
Que indignada la América principia
Contra su larga esclavitud tan dura.

SALINAS.—

(*Des ubriéndose*)

Soy Salinas! Vereisme, amigo, presto
Siempre formado en la primer columna
Marchar á combatir al enemigo
Que mata nuestra libertad augusta.
Habeis dicho muy bien, pues, mi entusiasmo
Raya quizás en bélica locura.
Yo respiro una atmósfera de fuego
Que me infunde valor, que me estimula;
El horrible fragor de las cadenas
En mis oídos sin cesar retumba;
La tiranía derramando males.
Hierre mi vista con su faz inmunda;
Y los gemidos que á la Patria arrancan
Los fieros golpes de opresión injusta,
Hallan un eco que mi pecho torna
En un grito de rabia furibunda.
Todo esto me enardece; pero vos
Sereis mi compañero. Me lo anuncian
Vuestro porte marcial, vuestra impaciencia

Por romper el dogal que nos abruma.

MORALES.—; No os engañáis! (Se descubre) Mora'es estará

Siempre en lo más reñido de las pugnas

Que tiene que trabar contra el tirano

Hasta ser libre ó encontrar su tumba.

Oh Salinas! Auguro que seremos

Siempre amigos los dos, porque nos juntan

Los lazos del más noble patriotismo,

Que no abandonan á las almas puras.

SALINAS.— Gracias, Morales! Yo también lo creo,

Pues, la tierna amistad se perpetúa,

Si la confortan vínculos sagrados

Que de dos almas constituyan una!

Qué dicha para mí, cuando las armas

En los combates horrorosas crujan,

Tener un corazón unido al mio

Que votos juntos al empíreo suban!

Qué gozo recordar, que entre la sangre

Y entre la horrible, vengativa furia,

Haya un hombre que sienta por mi suerte

El temor que no tiene por la suya!

Qué glorioso entregar nuestra existencia

A fin de que el amigo no sucumba,

Y llevar nuestras preces al Eterno,

Para que pronto la opresión concluya!

Estos son los ensueños que me alientan,

Esta es la dicha que Salinas busca!

MORALES.— Oh momento feliz! Encontré una alma

Que responda á la mia con ternura!

Que en esas horas de fatal quebranto,

Cuando todo parece que se nubla,

Con su tierna amistad, con su cariño,

Disipe del dolor las densas brumas!

Qué contento encontrar un noble pecho

En el cual se desahoguen las penurias,

Esos secretos que destrozan la alma,

Que en un abismo de pesar sepultan!

Salinas! Esta noche en que se inicia

Nuestra gloriosa redención futura,

Estos momentos de inmortal recuerdo,

Como principio de una horrenda lucha,

Los testigos serán de que Morales

Ante los Cielos su amistad os jura!

- SALINAS— Yo la acepto, mi amigo, y ardoroso
También os juro mi adhesión profunda.
En medio del fragor de las batallas,
De la paz en las íntimas dulzuras,
Se unirá à mi existencia cual la sangre
Que entre mis venas con ardor circula!
- JERES— (*Llaman á la puerta*). Quién llama? [*Morales y
Salinas se ponen las caretas.*]
- QUIROGA— (*Desde afuera*). Unos amigos.
- JERES— Y qué exigen?
- QUIROGA— Piden su Dios, su Patria.
- JERES— (*Abriendo la puerta*). Bella súplica!

ESCENA IV.

Jeres, Salinas, Morales, el Dor. Manuel Quiroga y Don Juan Larrea. *Estos últimos también con antifaces.*

- QUIROGA Y LARREA— Buenas noches, señores!
- LOS DEMAS— Buenas noches!
- QUIROGA— Me parece que tarde hemos venido,
Pues son las doce y cuarto. Dispensad,
Largos rodeos que emprender debimos
Esta demora, que extrañais por cierto,
Sin nuestra voluntad han producido.
Pero arrojo el disfraz, pues, no supongo
Que un espía profane este recinto. (*Se quitan las
caretas*).
- LARREA— Es exacta, señores, la disculpa
Que acaba de exponeros este amigo;
No presumais que pueda el entusiasmo
Faltar en nuestras almas, es el mismo.
- SALINAS— No juzgamos, señores, tan de prisa
De nuestra patria á los valientes hijos,
Pues, sabemos que el suelo de la América
Tiene á millares corazones dignos
Que en pos de libertad harán en breve
Denodados y heróicos sacrificios.
Ardientes impetuosos, como el fuego
Que nuestras plantas conmovier sentimos,
Hoy sufren la inmensa pesadumbre
Que en sus hombros pusieron largos siglos.

Mas, ya tocamos el feliz instante
De abrir un cráter para el hondo abismo;
A su explosión de súbito, los déspotas
De hinojos caerán sobrecogidos,
Y arrojando sus cetros en el polvo,
No envano implorarán perdón y auxilio;
Que un pueblo libre generoso extiende
Su mano al miserable, al afligido.
¡Guerra á muerte á la infame tiranía,
A los hombres amparo compasivo!

QUIROGA.— Las palabras que acabo de escucharos
Con profundo y sincero regocijo,
Prueban, Salinas, que teneis una alma
Noble y valiente, cual de un héroe invicto.
Teneis razón: la América española
No puede soportar su vil martirio;
Lanzarse debe como un hombre solo,
Hacer en los combates mil prodigios,
Para adquirir al filo de su espada
Cuanto le niegan los furiosos íberos.

LARREA.— ¡No mas esclavitud! La ruín coyunda
Se guarde para aquellos que han nacido
Del Africa en el suelo ignominioso,
Junto al serrallo de un sultán indigno!
No más esclavitud! Rudas cadenas
Que caigan rotas por el rayo vívido
Que blande el hombre de conciencia propia
Que trata recobrar su bien perdido!

MORALES.— ¡Qué bellas frases vuestros labios hablan,
Con cuánto gozo vuestro ardor yo miro!
Con tales hombres la victoria es cierta,
En nombre de la Patria, yo os bendigo!
Vedla allí! Demacrado su semblante,
Cubierta de girones por vestidos,
Rodeada de las nieblas de ignorancia,
Del esclavo en el poste maldecido,
Por el llanto sus ojos abrasados,
Libertad! pide con dolientes gritos!
¿Quedarán en silencio y en inercia,
Sus valerosos, sus ardientes hijos?

QUIROGA.— Nunca! Regada nuestra sangre toda
Abogará á los tiranos pervertidos,
Cuyo ceño feroz, cuyo vil porte

Nos provocan al duelo más mortífero.
Recojamos el guante, que las armas
Resuelvan el soberbio desafío.

¡ La santa libertad saldrá radiante
Luchando con el fiero despotismo !

JERES.—

Al pueblo todo con clamores vagos
Escucho repetir enardecido
Las palabras de guerra que difunden
Por do quier los impávidos caudillos.
¡ El acero blandid, y que la pólvora
Infunda más valor con su estampido !

SALINAS.—

Bravo, Jeres ! Tú vienes con tu voz
A darnos nuevo aliento, fuertes brios !
Las masas prestarán su inmensa fuerza,
Pues que habla el pueblo por tu boca, amigo.
¡ A qué más dilación ? Salvemos presto
Las flojas vallas del poder antiguo
Al empuje del libre vendrá á tierra
Ese muro ruinoso, carcomido,
En que se eleva un vacilante trono,
Cual los restos de sórdido edificio !
Recordais ? Indefenso populacho,
Sin más armas que bélicos sonidos
De indigna plebe, desterró miedoso
De Cárlos al impuro favorito.
¡ Qué se espera ? ¡ El acento de los libres
Tendrá, sin duda, sus efluvios místicos,
Y luego escuchareis que nos responde
Clamor inmenso de entusiasmo vivo !

JERES.—

Quién llama ? *Tocan la puerta, y se cubren con
las caretas.*

ANTE.—

[Desde afuera]. Nuestro Dios y nuestra Patria !

JERES.—

Entrad !

ESCENA V.

Jeres, Salinas, Morales, Quiroga, Larrea, el Dor.
Antonio Ante y Don Manuel Matheu.

ANTE Y MATHEU.

A vuestros piés, nobles patricios !

ANTE.—

Es inútil que tenga por más tiempo
Encubierto el semblante, porque fio

De estas bellas, simpáticas figuras.
En que palpita un corazón altivo. (*Se descubren*).
No extrañéis la tardanza: el de Castilla
Tiene sus ojos en nosotros fijos;
Por mirarnos de cerca y conocernos,
Muchos espías anduvieron listos.

MATHEU.— Y á fin de que perdieran nuestro rumbo,
Hemos andado un déclupo camino,
Pues, si deseamos que jamás se crea
Que en la lucha seremos los tardíos,
Pretendemos también muy justamente
Este club ocultar al enemigo.

QUIROGA.— Muy bien, señores: las excusas vuestras
Patentizan valor y mucho tino;
Si queremos vencer á los tiranos,
De uno y otro debemos revestirnos.
Meditemos. (*Se sientan los demás*) La empresa no es
Que pueden resolverse con un tiro; { de aquellas
Poderosos rivales deberemos
Con maña y fuerza debelar, amigos.
—Ellos cuentan con armas y riquezas,
Ellos tienen soldados aguerridos
Y mil puertos por donde les envíen
Socorros prestos en cualquier conflicto.
Además esas rancias opiniones
Ofrecen al realista gran prestigio:
Todavía en ciudades populosas
MI AMO EL REY es el único principio,
El solo credo, el misterioso emblema,
Ante el cual se doblega el servilismo.
Hay que luchar, señores, con todo esto,
Poniéndose á la altura del peligro.

MORALES.— Exagerais, Doctor, las circunstancias,
Elevando el poder que combatimos,
Y abatiendo los medios con que puede
Derribarse el gobierno aborrecido.
Prestad vuestra atención.—Sabeis que España
Se encuentra bajo el fiero absolutismo
Del Titán que domina con un gesto
Los reinos, los imperios mas temidos.
Napoleón ha sentado sobre el trono
Que honró con sus hazañas Cárlos Quinto
A José Bonaparte, y lo sostiene

Con todo el peso del poder omnímodo.
El pasmo y el espanto sucedieron
A ese golpe audaz y decisivo;
Pero luego la España se conmueve
A la voz del sublime patriotismo;
El ruido de las armas se confunde
Con los gritos de guerra y exterminio;
Ni se escuchan los ayes del que muere,
Ni del fuego el horrísono crugido.
¡Todo es miseria, confusión y llanto,
Todo anuncia un horrible cataclismo!
¿Pensais que en tal estado pueda España
Conservar de la América el dominio?
¡Feliz si acaso derrotar consigue
Las fuerzas que su imperio han sometido!
Feliz si puede remediar sus llagas
Y hacer que cese el colosal suplicio!

LARREA.— ¡Nuevo ardor en el pecho nos infunde
Lo que acabais, Morales, de decirnos!
Si la España combate por su gloria,
Si quiere sacudir el despotismo,
Si encuentra duro doblegar sus sienes
Ante el guerrero que ata sus destinos
¿Por qué pretende eternizar su mando
En estas tierras con afan prolijo?
Si juzga aleve á Napoleón el Grande.
También observa un proceder inicuo.

MATHEU.— ¡La España ha dado su grandioso ejemplo,
Corramos presto su sendero mismo!
Brillantes son las huellas que nos deja,
Alumbrado tenemos el camino!
¿No es verdad que los padres se glorían
De verse retratados en sus hijos?
Pues, daremos, señores, á la España (*Con ironía*).
Este dulce y completo regocijo!
¡A las armas! gritemos como ella hace,
Y á las armas volemos con delirio!

ANTE.— No hay que dudar! Yo juzgo, caballeros,
Cualquier demora como un gran delito!
¿Con qué derecho sujetarnos piensan,
Por qué nos quieren retener cautivos?
Acaso para siervos miserables
El Soberano Criador nos hizo?

LOS DEMAS Mil gracias!

ASCASUBI—

Permitidnos que arrojemos
Este horrible disfraz. (*Se lo quitan todos*) Pues, yo
malicio

Que el Conde Ruiz calcula nuestros actos
O que le han dado traidor aviso,
Pues que, llevados por agentes suyos,
De su propio palacio nos venimos.
¡Larga conversación tuvo el anciano!

ANTE.—

Relatadnos, señores, lo que os dijo,
A fin de que podamos adoptar

Los medios convenientes y precisos

ASCASUBI—

No hay tiempo que perder, y en breves frases

Os diré que nos hizo mil cariños;

Nos contó los esfuerzos de la España

Por sacudir el yugo aborrecido

Del rey intruso; nos pintó la unión

Como el solo recurso positivo

Que hay para conservar la independencia,

Que ponderó el buen viejo con cinismo.

Sostuvo que una ciega sumisión

A las Juntas que allá se han erigido,

Alzaría á la España victoriosa

Desde los antros de infernal abismo.

Nos dijo que la Patria contaría

Con el amparo de sus buenos hijos,

A fin de asegurar á los Borbones

La regia manda que Colón les hizo;

Y que Fernando, al ocupar de nuevo

El trono que le roban sus vecinos,

Miraría con suma complacencia

Esa noble fusión de los partidos,

Que, obrando de consuno, le asegure

Derrotar al tirano fementido.

Habló de premios, de esplendentes lauros.

Para el que preste valeroso auxilio.

MONTUFAR—Y escuchamos con calma la elocuencia

Con que el viejo pintaba estos prodigios,

Sin que el semblante demostrase nada

Que pueda descubrir nuestros designios;

Pero en todo la astucia con el miedo

En vil consorcio presentarse vimos;

Y á fin de combatir sin desventaja

Nos mostramos cual súbditos rendidos,
Y un tierno afecto al duro coloniaje
Con bellas frases comprender le hicimos.

ANTE—, Tal escena me prueba que carece
El Conde Ruiz de datos positivos,
Y que vagas sospechas le amedrentan,
Cual los fantasmas á un hombre tímido.
Aprovechemos el precioso tiempo
Que nos concede su pavor indigno,
Cayendo como el rayo ante los viles,
Llevándolos en rauda torbellino.

MORALES.— ¡Oh señores! Jamás se ha presentado
El horizonte de color tan límpido!
Ya miro despejarse las tinieblas,
Y el sol de libertad nos da su brillo!
Ellos nos temen! Gigantezca lucha
Apaga su valor, quita sus bríos!
¿Hasta cuándo, patriotas, miraremos
Que nos dominen déspotas malditos?

QUIROGA— Permitidme expresar el entusiasmo
De que yo siento el corazón henchido.
¡La esclavitud es ruda, sacudámosla,
Y en la guerra muramos, si es preciso!
Recordemos que somos de la Patria,
Y los otros afectos al olvido!
—Empero, discutamos con cordura
Lo que convenga practicar, amigos.
Hace poco os pintaba los obstáculos
Que pudiera oponer el enemigo;
Y á fin de dominarlos victoriosos,
Es necesario preceder con tino.

ANTE.— Pues, el tino consiste en la premura,
En lanzarnos veloces al peligro;
La fortuna protege á los audaces
Y mira con desdén al inactivo.
Divididas las Juntas de la España,
Carecen de unidad, de planes fijos;
Y grandes pasos caminar podemos
Mientras ellas lograran conseguirlo.
Ocupadas sus huestes contra Francia,
Sin pertrecho y sus buques, no vacilo
En sostener que América estará
De sus propios esfuerzos al arbitrio.



MORALES.—Y ¿qué ventaja mas propicia puede
Brindarnos la ocasión?

QUIROGA.— Fuerza es decirlo;
Pero también los pueblos conservados
En el más espantoso salvajismo,
Ignoran sus derechos, sus deberes
Y presumen que esclavos han nacido.
Educados en necia servidumbre,
Apáticos contemplan sus destinos;
De Patria y Libertad oyen las frases
Y nunca han columbrado su sentido.
¡Tratad, señores, de encender el fuego
Del Chimborazo entre su hielo rígido!

SALINAS.— Oh, ponderais, Quiroga! Nuestras masas
Carecen del saber, no os contradigo;
Pero tienen una alma susceptible
De ardor y de patriótico delirio.
¡Infundamos la llama que nos quema
Y haremos todo con los mismos indios!

QUIROGA.— Y su adhesión al rey, y aquellas máximas
Inculcadas del pecho en lo más íntimo!
¿Suponeis que borrar en un instante
Se pudieran las huellas de los siglos?

ASCASUBI.— Sois muy justo, Quiroga: es necesario
Buscar algunos medios por lo mismo;
Todo lo puede un entusiasmo ardiente,
Todo lo allana un concertado juicio.

QUIROGA.— No dudo, y es por ello que os propongo
Aclamar los monárquicos principios.

TODOS.— ¡No tal! Jamás!

QUIROGA.— Oidme.— No se trata
De conservar al rey en sus mentidos
Y horrorosos derechos; solamente
Tal acto será un lazo bien tendido
Que asegure el triunfo de los libres,
Cual confesarlo debereis conmigo.

SALINAS.— Y ¿qué adelanto conseguir podemos
Con tal ficción?

QUIROGA.— Pero escuchad tranquilo.
—Proclamamos el nombre de Fernando,
Su débil cetro respetar fingimos,
Declarando con todo que á las Juntas
La obediencia negamos decididos,

Por no ser los regentes que señalan
Aquellas leyes que acatar decimos.
El pueblo entonces seguirá contento
Nuestra senda, y muy luego sin sentirlo,
Desechando las órdenes de España,
Vendrá á ser libre, como nunca ha sido.

ANTE—

Y los mismos realistas, os lo anuncio,
Sin comprender de pronto el artificio,
Protegerán el cambio que no altera
Sus convicciones ni su sér político.
Está muy bien; lo apruebo, caballeros,
Como el plan más sensato califico.

MORALES.— Es igual mi opinión: contra el tirano
No hay medio que deseche el buen sentido.

SALINAS.— Si acaso nuestra redención lo pide,
Ante el bién de la Patria yo me inclino.

ASCASUBI.— Si el primer Bruto se fingió demente,
Por desterrar de Roma á los Tarquinos,
Sigamos de otro modo su conducta,
Fingiendo la locura del realismo.

MATHEU.— Apoyo con mi voto los proyectos
Que vuestra aprobación han merecido.

LARREA— Los ojos sólo miren entusiastas
Del patrio porvenir el dulce brillo,
Y corramos tras él, sacrificando
Cuanto se oponga á su esplendor divino

MONTUFAR— Sólo resta mi voto, caballeros,
Y es el vuestro, con júbilo os lo digo.

¿ Podría acaso no apoyar ideas
Que salven á la Patria de su abismo ?

ANTE.—

Se halla aprobado por el voto unánime,
Y á fin de asegurar este partido,
Yo creo conveniente que se exponga
Al Conde de Castilla en un oficio
Que, instalados en Junta Soberana,
Hemos resuelto por nosotros mismos
Conservar á Fernando de la América
Los extensos y espléndidos dominios,
Que Ruiz como fiel súbdito nos debe
Ejemplos del respeto mas sumiso.
Lo firmareis, Morales, en el nombre
De la Junta.— Señores, decididlo!

TODOS.— Queda todo aprobado!

- MORALES— Pues, al acto
La nota al Conde con placer escribo.
- ANTE.— Yo seré, si quereis, el emisario
Que lleve al Conde el importante aviso,
Obligando á aceptarlo por la fuerza,
Si se niega despótico á cumplirlo.
- TODOS.— Muy bien!
- LARREA.— Tomamos la mejor medida,
Con mi profunda convicción opino.
¿ Qué importa proclamar ese fantasma
Para obtener seguro un beneficio?
¿ Que el nombre de Fernando se venere,
Si se extingue su regio poderío!
Matando á su rival, dijo un romano,
De Dios lo quiero, lo aborrezco vivo!
- MONTUFAR.— Y talvez obtengamos la ventaja
De evitar los combates tan mortíferos
En que la rabia y el furor convierten
A los hombres en viles asesinos.
Si es menester la sangre, que la mia
Corra toda, pues, nunca la escatimo;
Pero evitemos que los pueblos sufran,
Que sus ayes se eleven al Empíreo,
Que el Dios de las batallas bien pudiera
La victoria negarnos en castigo.
- MATHEU— Patriota es, oh Montúfar, el deseo,
Pintasteis la verdad con claro estilo.
El plan que se ha adoptado me parece
Pacífico, seguro y positivo;
Pero es urgente ejecutarlo pronto,
Que en la demora vivirá el peligro.
- ASCASUBI — Digo con vos, simpático Matheu,
Que la tardanza traerá consigo
Mil rémoras que luego nos impidan
Llevar á cabo nuestro gran designio.
¡ Manos á la obra! Que el cuartel inicie
De nuestra dulce redención el grito!
Nosotros moveremos á los barrios
A que no sean expectantes fiós
De esta lucha en que van á resolverse
Los derechos del hombre mas queridos.
¡ Libertador de un pueblo! ¿ Por ventura
Hay en la tierra más brillante título?

LARREA.— Lo tendreis vos, Ascásubi ! La historia
Pondrá en sus líneas vuestro nombre inscrito,
Y vuestros hijos llevarán el timbre
De honor y patriotismo en su apellido !

ASCASUBI.—Gracias, Larrea ! Nuestros nombres todos
Formarán adelante siempre unidos
La más hermosa pléyada que sirva
De inmenso faro, de inmortal estímulo.

SALINAS.— ¡Basta de dudas ! Si al cuartel le cabe
La gloria de iniciar nuestro camino,
Voy á ocupar cuanto antes en sus filas
Como su jefe un envidiable sitio.
Adios, señores ! Si las tropas niegan
Prestarnos su socorro decisivo,
A vernos con Espejo en su mansión
Con verdadero júbilo os invito !

MORALES.—Vuestra sublime abnegación y arrojo,
Valeroso Salinas, os envidio !
De vuestros lauros que radiantes brillan,
Como amigos debemos compartirnos !
Voy con vos ! Ojalá que la victoria
Nos mire con sus ojos compasivos !
Doctor Ante, teneis aquí la nota.
¡Que el Eterno os ampare en el conflicto !
Adios, señores !

QUIROGA.— Sí, partid, valientes,
La Patria premiará vuestros servicios !
(*Salen Salinas y Morales*).

ESCENA VII.

Los mismos, menos Salinas y Morales.

ASCASUBI.—Mientras ellos conquistan al soldado,
También nosotros ocupar debemos
En los azares de arriesgada lucha
En el instante un peligroso puesto.
Voy á mandar agentes por las calles
Que puedan listos conmover al pueblo ;
Cuando raye la aurora, con mi gente
Vereisme en el peligro, compañeros.
Apenas los cuartes se pronuncien

En las campanas la señal daremos,
A fin de que en los aires se trasmita
De un pueblo heroico el poderoso acento.
Si se traba la lid no haya descuido
En volar al combate con esfuerzo....
¡Muerte á los viles que oponerse quieran
Al augusto y sagrado movimiento,
Con el cual se quebrantan las prisiones
Y se sacude un ominoso peso!

QUIROGA.—También yo marchó, que encender conviene
Por todas partes ardoroso el fuego
Del santo patriotismo que nos une,
Que inspira en nuestras almas el aliento.
Busquemos paz y libertad y vida,
Leguemos esta herencia á nuestros nietos.
Y vosotros, señores, que teneis
Mente elevada y entusiasta pecho,
Infundid en las masas vuestros bríos,
Al combate llevadlas al momento.
Cuando principie la deseada lucha
En las primeras filas os espero.
(*Salen Quiroga, Ascásubi y Jeres*).

ESCENA VIII.

Ante, Larrea, Montúfar y Matheu.

ANTE.— ¡Lo veis, señores! El destino muestra
Con su infalible y rutilante dedq,
Libertad y victoria, paz y dicha,
Tras de espinoso y lúgubre sendero!
¿Tenemos, mis amigos, el tesón,
La audacia, el patriotismo más ingenuo?
Vuestra noble conducta lo asegura,
El marcial porte lo anunció primero.
¡Cercano miro un deslumbrante día,
En vuestras sienes mil aureolas veo!

LARREA.— No os engaÑais, Doctor! Tantas heridas
Que despedazan de la Patria el seno,
Conmueven nuestro sér, nos entusiasman,
Gozosos á la lid nos lanzaremos!
¿No habeis visto, Doctor, del Cotopaxi

Su inmenso cono, su imponente ceño ?
Esas moles de nieve que se elevan
Sin tregua el huracán azota recio.
De repente las masas se conmueven,
Muy pronto se desquician de su centro;
Furiosas ruedan, aumentando al paso
Su gran volumen, su espantoso cuerpo;
Y convertidas en alud terrible
Do quier producen pavoroso miedo.
Todo lo arrasa su fatal carrera,
Todo lo rompe con rumor siniestro,
Hasta que al fin en la llanura calma
Su horrenda furia, descansando luego.
—Tal es, amigos, la especial imagen
De aquello mismo que vereis muy presto.
Las órdenes sangrientas de los déspotas,
Los tristes calabozos con sus hierros,
La dura servidumbre en que nos tienen,
La miseria que esparcen tantos pechos;
Todo esto constituye en nuestra América
Un horroroso vendaval deshecho.
La plebe y la nobleza sus embates
Silenciosas y apáticas sufrieron;
Mas ya se escuchan sus rumores vagos,
Se observa un general sacudimiento;
A poco la tormenta desatarse
Sentirán los tiranos con recelo,
Y luego en la avalancha confundidos
Por la pendiente rodarán sangrientos,
Hasta que aspiren las fragantes brisas
Y miren los purísimos destellos
Que hacen del campo donde el libre mora
De hermosas flores un jardín espléndido.

MATHEU.— Muy bien: habeis, Larrea, comprendido
La verdadera situación del pueblo,
Y con frases poéticas, pintados
Hemos visto los propios sentimientos.
¡ Se acerca la borrasca, el rayo brilla,
Viene la tempestad, rugen los truenos !
Preparemos, amigos, con presteza
Para el peligro denodados pechos;
La hermosa libertad por que anhelamos
Vendrá, sin duda, con poder benéfico

A darnos nuevas fuerzas, altos bríos;
Si en la lucha sentimos desaliento,
No hay que abatirse: en dilatada serie
Nos esperan talvez los sufrimientos;
Pero fulgente, inmarcesible gloria,
Coronas bellas nos ofrece el Cielo.

MONTUFAR.— ¿Quién resiste, señores, de una madre
Al dulce y aflictivo llamamiento?

¿Quién ha visto las lágrimas que vierta,
Sin que le salte el corazón del seno ?

Pues, bien: allí tenemos á la Patria
Que deja tiernos escuchar sus ruegos;
Ellos movieran el felino instinto,
Consiguieran milagros estupendos.

¿Para nosotros vibrarán inermes,
Oiremos sus voces con desprecio?

Oh nunca ! Que nos vengan á millares
Penas que invente el despotismo ciego;
Lanzando nuestros vivas á la Patria,
Iremos á la muerte mas contentos !

ANTE.— ¡ Vuestros pechos palpitan como el mio,
Caros amigos, con ardiente fuego !

Si el entusiasmo de los héroes puede
Domar en los combates al adverso,
Desde ahora á la Patria felicito
Por la victoria que obtendrá de cierto !

¿ Quiénes son los contrarios? Viles seides
Que han tomado las armas por dinero;
Jamás alientan sentimientos nobles,
Se mueven solo por venal deseo.

Y ¿ tales hombres deberán acaso
Vencer á los que esgrimen el acero
Al impulso de bélico entusiasmo,
Para crearse un porvenir excelso?

Oh no, señores ! Elevad mil hurras
Por la victoria que cercana vemos !

TODOS.— ¡ Hurra !

ESCENA IX.

Lo mismos y Jeres.

JERES.— Acaban, mis jefes, de llegar
Dos embozados de dudoso aspecto,

- Y pretenden entrar, asegurando
Que quieren secundar nuestros proyectos.
ANTE.— Pues que entren, y de alegre francachela
Las curiosas escenas fingiremos,
Sirviéndonos las máscaras de abrigo
Para evitar de pronto un contratiempo.
Si ellos son enemigos, á mi voz
Los tomamos, señores, por el cuello,
Y serán, no lo dudo, en nuestras manos
Seguros y eficaces instrumentos.
Que vengan las botellas, y que reinen { (*Jeres obe-*
Grata alegría y un placer completo. { *dece las ór-*
Fingid el gozo, que emplear al acto { *dences*).
Iguales armas con la astucia quiero.
Si los tomamos con sus propias redes
Será gracioso y agradable el juego.
- MATHEU.— Prudente stratagemas, mi Doctor,
Que tendrá sus magníficos efectos.
- ANTE.— Lo supongo también; más prevenidos,
Requerid los puñales, y ojo atento
Y mano diestra, preparad el golpe
Si son urgentes los activos medios;
Que cubran las caretas el semblante, { (*Se ponen*
Que resuenen de dicha los acentos. { *las care-*
Todo está bien! Ya sal, Jeres, y diles { *tas*).
Que entren.
- JERES.— Pero, señores, yo recelo
Que tengan sus secuaces apostados
En la próxima calle, porque creo
Haber mirado relucir fusiles,
A pesar de lo oscuro.....
- LARREA.— No los temo,
Pues, teniendo en las manos al caudillo,
Nada intentaran maquinar aquellos.
- MONTUFAR.— Exactamente, y además tomarlos
También se puede con algún denuedo;
Conservando á los jefes en rehenes,
Se intima rendición.....
- ANTE.— Pero urge el tiempo;
Ya veremos después.—Marcha, querido,
Y pronto hazlos entrar.
- JERES.— Voy al momento.

ESCENA X.

Ante, Larrea, Montúfar y Matheu.

MATHEU.— ¡Que viva el gusto, señores!
Que las penurias se acaben!
Que corra el vino á torrentes,
Que su sabor nos embriague!
¿Para qué se hizo la vida
Con sus goces inefables?
¡Viva el placer, que á su voz
Las necias desgracias caen!

MONTUFAR.— ¡Somos jóvenes, la suerte
Ancho porvenir nos abre!
Gozemos, amigos, presto
Antes que vengan los males,
A insultarnos con su vista,
Su flaco y odioso talle!
Qué nos falta? Nuestra Quito
Ofrece campo radiante,
Con mil exquisitos dones,
Con mil soberbios paisajes!
Quereis amor? Os lo ofrecen
Las primorosas beldades,
Que de hadas y de huríes
Eclipsan sueños ideales!
Deseais oro? Pues, él corre
De minas tan abundantes,
Que con su brillo se borda
De nuestras fuentes la margen.

LARREA.— Si, caballeros, la dicha
Cerca de nosotros bate
Sus alas esplendorosas,
Su delicioso plumaje,
Y es un loco el que su mano
Para tomarla no alargue.
¿Dónde se encuentran, señores,
Naturaleza y el arte
Formando unidos un mundo
Que se convida á gozarle?
¡Viva Quito con sus magias,
Con sus perfumados aires,
Sus simpáticos verjeles,

Sus peregrinas deidades,
Sus encantados palacios
Y sus bosques y sus valles!
¿Quereis pasaros la vida
En hermosas soledades?
Pues, mil huertas os ofrecen,
Con sus floridos ramajes,
Sus galas y su frescura,
Sus secretos celestiales.
¿Deseais acaso gozaros
En asombroso contraste?
Sobre el fuego del Pichincha
Mirad nieve deslumbrante;
A lado de árida roca
Teneis jardin admirable;
Junto á horribles precipicios
Andais por hermosa calle!
¡Que viva, señores, Quito
De belleza inimitable!

ESCENA XI.

Los mismos, Mansanos, Bustillos y Jeres.

MANSANOS ¡A vuestros piés, caballeros!

BUSTILLOS— Os saludo de mi parte!

ANTE— Venid, señores, que estamos
Oyendo al melilluo vate
Ponderar de nuestra Quito
Las mil bellas cualidades
Si creemos, el Edén
Sólo fué la oscura imagen
Que de Quito parodiaba
Las fulgentes realidades.

MONTUFAR.— Hurra! Mil hurras al gozo!

Que de otra cosa no se hable!

¿Quereis, decidme, poneros (A Mansanos y
Cual nosotros tan locuaces? { Bustillos)

Tomad un repleto vaso
De este champaña espumante.
Salud, amigos! Mi mente
Con sus ilusiones arde!
Viva el gusto y á mil leguas

Se destierrèn los pesares!
MANSANOS.—Me adhiero muy complacido
A votos tan estimables,
Deseando tener la dicha
De que las penas se marchen
A tan enorme distancia
Que no puedan regresarse.
Salud, señores! (*Toma el vino y los demás ha-*
{ *cen lo propio*).

TODOS Salud!

MATHEU.— ¡Que venga el gusto á raudales,
Que en esta noche yo quiero
En sus heces apurarlo!

MONTUFAR.—Que viva el placer! Mil hurras!
Que el gozo las penas mate!

LARREA.— Si ya están muertas, mi amigo!
¿Quereis herir su cadáver?
Sois un bárbaro con ellas!....

ANTE—(*A Bustillos y Mansanos*) Están ebrios, dispensadles!
Pero son muy divertidos
Y simpáticos tunantes.

BUSTILLOS.—Están alegres, señor,
Y por cierto que me place!
¿Algo más feo en el mundo
Que la tristeza nos cabe?

LARREA— ¡Que viva el gusto! A su nombre
Repitamos el combate
A que ardoroso provoca
Este soberbio alicante!
Las penurias ahoga el vino
Con su espíritu adorable!
Este néctar nos da gloria,
No me canso de apurarlo!
Proclamo rey de los dioses
A Baco con sus viñales!
Que viva Baco, señores,
Me constituyo bacante!

TODOS— Viva!

MANSANOS.— Siento demasiado
Haber venido tan tarde,
Pues, he perdido momentos
Sin duda muy agradables,

ANTE— Si, señor! Formamos siempre

Para gozar nuestros planes,
Porque no debe la vida
Pasar todos sus instantes
En las amargas zozobras,
Que siempre consigo trae.
A fin de evitar censuras
Ocultamos el semblante,
Pues, sabeis que los curiosos
Malas conjeturas hacen,
Y presto se pierde la honra
Con los vecinos procaces.
Pero creo no hay razón
En este acto de ocultarse,
Y si quereis, ya podemos
Despojarnos de disfraces.

BUSTILLOS.— No me parece oportuno,
Si os dignarais escucharme,
Hacer que caigan las máscaras,
Que los misterios se aclaren;
Pues, hay preciosos encantos
Y mil divertidos lances
En que risueñas facciones
Las cubran los antifaces.

MANSANOS.— Si, por cierto! Son mas libres
Las acciones, los modales;
El humor sube de punto,
La alegría no decae;
Crúzanse chistosas burlas,
Las gracias siguen chispeantes.
Es por ello que Europa
Que darse mil gozes sabe,
Ha puesto tan á la moda
De las máscaras el baile.

ANTE.— Lo conozco, y por lo mismo
Hemos querido imitarle;
Pero es nada conveniente
Que las facciones se tapen
Cuando el concurso es pequeño
Y el vino viene á exaltarle.

LARREA.— (¡ Atención que los dos bichos
Ya pretenden escaparse!)
Señores, tomo una copa,
Si os dignais acompañarme:

- ¡ Os la dirijo entusiasta
A que el placer nos iguale,
Y a que juntos departamos
Hasta que el alba nos lance
Sus benéficos efluvios
Y sus ténues claridades !
- MATHEU.**— ¡ Viva la ardiente alegría,
Y ella nos haga inmortales,
Cual la ambrosía celeste
Con que Júpiter Tonante
Obsequiaba en el Olimpo
A los dioses inmortales !
- MONTUFAR.**— Parece que hemos trabado
Muy antiguas amistades,
Porque la dulce confianza
Por todos los poros sale.
Nuestros nuevos compañeros
Son personas tan cabales,
Que se siente el entusiasmo
En sus pechos inflamarse.
Ellos se asocian al gusto,
Sus corazones se expanden.
¡ Abajo ya las caretas,
Que la amistad no profanen!
- ANTE.**— Ciertamente no hay razón
Que pueda hacer disculpable
Conservar la faz cubierta,
Cual enemigos tenaces.
Ninguno es tuerto, pardiez !
Ni tiene horribles lunares.
¡ Salgan los rostros á luz, { *(Se quitan las ca-*
Procedamos sin ambajes ! { *retas los patriotas).*
- MANSANOS.**— *(A Bustillos)* (Es necesario, mi amigo,
Con su gusto conformarse)
- BUSTILLOS.**— [Están ebrios, no temais
Un político percance]
- MANSANOS.**— ¡ Que una injusta oposición
Nunca el placer os embargue! *Se descubre y*
Aquí teneis dos amigos { [*también Bustillos*]
De los puros y cordiales!
- BUSTILLOS.**— Hay, señores, en el mundo
Felices casualidades:
Una de ellas nos ha dado

Sociedad tan elegante.

ANTE.— Gracias, Bustillos! Empero
Si se han mostrado las faces,
Francos también descubramos
Lo que en el alma se guarde.
¡Termine presto la duda,
Que los secretos se acaben!

BUSTILLOS.— (Estamos mal).— Pues, á fé,
Ningun secreto nos trae.
Aficionados al gozo
Que el vino do quier esparce,
Escuchamos desde afuera
Vuestras entusiastas frases,
Y mi amigo me propuso
Entrar luego á solazarse.

ANTE.— Y ¿a qué vienen las caretas?

MANSANOS.— A que la gente se espante
Y nuestras huellas seguir
Temerosa nunca trate.
Imitamos vuestro ejemplo,
No hay por qué descontentarse.

ANTE.— Y fingiendo saber mucho
¿Por qué á Jeres engañasteis?

BUSTILLOS.— De otro modo no podia
En vuestro salón entrarse;
Pero, en caso de que nuestra
Concurrencia os desagrade,
Una breve contramarcha
Vamos á hacer al instante.

ANTE.— ¡Alto! ¿Por qué se descubren
Armados vuestros secuaces?

MANSANOS.— [¡Qué conflicto!].— No sabemos
Quiénes sean ni lo que hacen.

ANTE.— ¡Basta de ocultar, señores,
Vuestras miras audaces!
Teneis vosotros de espías
Esa misión despreciable!
Mansanos! Vos sois el hombre
Que en calabozos infames
Tratais de poner á todos
Los que su frente no abaten!
Bustillos! siempre habeis sido
El autor de nuestros males,

- Infiltrando la ponzoña
En los supremos mandantes!
- MANSANOS.**—No respetais, caballero,
Que somos autoridades
Legalmente instituidas
Por la España, nuestra madre.
Si continuais insultándonos
Os vereis en duro trance,
Pues, vendrán á nuestra voz
Los soldados de la calle.
- LARREA.**— ¡ Si un solo enemigo viene,
Vosotros morireis antes, { *(Los patriotas des-*
Y si estimais la existencia { *envainan los puña-*
Que vuestros labios se callen! { *les).*
- BUSTILLOS.**—Abusais indignamente,
Poco nobles y leales,
Del número y de las armas,
Ventajas tan eficaces,
Blandiendo contra nosotros
Cinco afilados puñales.
- MATHEU.**— Tened la lengua, que sois
Vosotros los miserables,
Que, sin escrúpulo alguno
Y sin pudor, violasteis
Del hogar del ciudadano
El santuario respetable.
- MANSANOS.**—Somos del Rey de la España
Los nobles representantes:
¡ A su nombre toda puerta
Franca y respetuosa se abre!
- MONTUFAR.**—Fernando está prisionero
De Bayona en los alcázares,
Y ¿ cómo ha podido enviaros
Los debidos credenciales?
- BUSTILLOS.**—Las Juntas rigen la España,
Y de su orden venerable,
Os intimo que acateis
Nuestro elevado carácter.
- ANTE.**—
¡ Las Juntas ¡ ¡ Pensais que nunca
Rindamos el vasallaje
A los decretos tiránicos
De mil soberbios sultanes?
A Fernando le daremos

Los debidos homenajes,
Una vez que pueda libre
Sobre su trono sentarse.
Mientras tanto los patriotas
Enarbolan su estandarte;
Cualquier orden de esas Juntas
Mirarán como un vejamen.

MANSANOS.—Entonces la rebelión
Sin duda ya proclamasteis!
Muy luego expiaremos el crimen
En los hierros de una cárcel!

ANTE.— Ya basta de digresiones,
Basta de viles ultrajes!
Procedamos sin demora
Al mas completo desarme.
Vive Dios! que si lanzais
Una palabra alarmante,
En cada pecho un puñal
Vereis luego sepultarse!

BUSTILLOS.— Pero es de vil asesino
Esta conducta cobarde!

ANTE.— ¿Quereis la guerra? Pues, bien,
Sacad á luz vuestros sables,
Y entre los cuatro elegid
Los dos de vuestros rivales.

MANSANOS.— Acepto la invitación
Y os elijo doctor Ante.

ANTE.— Perfectamente.—Bustillos
Escoged al que os agrade.

BUSTILLOS.— Trabad, Montúfar, la lid
¡Que Dios la justicia ampare!

MONTUFAR.— Gracias, Bustillos! Mi espada
Es de filo tan cortante,
Que, á pesar de vuestros puños,
Saldreis herido, es probable.

MATHEU.— Me pongo en expectativa
Mientras dura este combate.

LARREA.— A un prisionero no puede,
Señores, más honra darse.

ANTE.— Si acaso el Cielo protege { (Se baten, y el Dr.
Al que sus senderos ande, { Ante hace saltar la
Pues, á su nombre os desarmo, { espada de su ad-
Teneis perdido este lance! { versario).

Rendíos!

MANSANOS—

Es menester

Ante la fuerza inclinarse.

BUSTILLOS.—Estoy herido en el brazo! (*Deja caer la espada*)

MONTUEAR.—Son fracasos que dá Marte.

ANTE.— Mis padrinos, al momento
Todas sus armas quitadles.

MATHEU.— Yo me encargo de Bustillos,
Que me gusta su talante.

LARREA— Señor Mansanos, teneisme
Por vuestro escudero ó paje.

ANTE.— Ahora sabed, señores,
El fallo que vá á dictarse.
Voy á hacer una visita,
Que á la política atañe,
Al Conde Ruiz, y deseo
Que un caballero galante
Cual Mansanos, al palacio
En el acto me acompañe.

MANSANOS.—¡ Imposible!

ANTE.—

Pues, entonces

Pereced!

MANSANOS.—

¡Oh perdonadme!

Iré en vuestra compañía,
Si me dais seguridades
De que el Conde estrá libre
De algunos viles desmanes.

ANTE.—Perded cuidado, que al Conde
Tan sólo quiero intimarle:
Que una Junta que formaron
Muchos nobles personajes,
Resolvió desconocer
Las órdenes ilegales,
Que de las Juntas de España
Sin ningún derecho emanen;
Que por tanto se decreta
Conservar en adelante
Estos reinos á Fernando,
Sin la intervención de nadie,
Que no traiga del monarca
Escritas sus voluntades.
Si el Conde Ruiz se somete,

Haremos con él las paces;
Mas siempre respetaremos
Sus canas tan venerables.

MANSANOS.— Voy con vos.

ANTE.— Muy bien.—Larrea
Tenemos quien nos allane
De la entrada del palacio
Las muchas dificultades.
Le doy el lado derecho,
Del otro brazo tomadle.

LARREA.— A la menor resistencia
Que pretenda de su parte
O si acometen sus seides,
Se le entierran dos puñales.

ANTE.— Hasta la vista!—A Bustillos
Que vuestro esfuerzo lo guarde!

ESCENA XII.

Matheu, Montúfar, Bustillos y Jeres.

MATHEU.— ¿Lo escuchais? De consiguiente
Colocaos al alcance
De nuestra espada, que rauda
Al pecho sabe inclinarse.

MONTUFAR.— Si estais en sosiego, nada
Podrá en la noche turbarle;
Y en el grito redentor
Que los patriotas levanten,
Uniremos nuestras voces
A su acento formidable.
Decid conmigo: ¡Que viva
Por mil remotas edades
La gran Junta Soberana!

BUSTILLOS— Viva, señores, si os place!

(*Cae el talón*).

ACTO SEGUNDO.

El proscenio figura un salón del palacio de Gobierno en Quito, con dos ventanas que dan vista á la plaza, una puerta en el fondo y otra para una alcoba.



ESCENA I.

El Conde Ruiz de Castilla, *agitado, y como si acabara de dejar el lecho.*

¡Qué ensueños tan horribles! Todavía
La mente en medio del temor divaga!
Aún escucho los rumores fieros
De una gran muchedumbre que me asalta!
Oigo el crugido que feroz produce
Del populacho la espantosa rabia!
Siento llover sobre mi faz insultos,
Me estremecen terribles amenazas!
Qué fatal sueño! Mil figuras miro
De odioso aspecto y vengativa saña,
Que me toman furiosas del cabello
Y mi cuerpo frenéticas arrastran,
Pisoteando el carácter que revisto,
Cubriendo de baldón mis tristes canas!
Un reguero de sangre, mil despojos
Do quier mi senda lúgubre señalan!
Por ingente clamor escarnecido
También mi nombre con los ecos vaga!
Qué pesadilla! Horripilante espasmo
Mis miembros todos de pavor embarga,
Pues, la imagen sangrienta del suplicio;
Aun me persigue con sonrisa amarga!
Ver ultrajados los blasones todos
Que mis padres felices me legaran;
Observar mustia, sin color ni brillo
La bienhechora luz de la esperanza;
Mirar ajados por indigna plebe
Los hermosos pendones de la España;

Y contemplar que sirven de ludibrio
Los fueros y derechos del Monarca!.....
Oh! todo esto es un cuadro lastimoso
Que rompe el corazón, lo despedaza!
¿ Por qué lo siente palpitar mi seno,
Por qué en el acto de pesar no salta?....
Pero nó! De ilusiones sin sentido
A un pecho noble su poder no alcanza:
En el lecho pudieron conmoverme
Formando un torrente de desgracias;
Empero, desaparecen las ficciones
Y la esplendente realidad avanza,
Como sol que soberbio del oriente,
Majestuoso y sublime se levanta,
Ahuyentando las brumas de la noche,
Trayendo los placeres con el alba.....!
—Mas ¿ qué se escucha? De rumor inmenso
La poderosa voz traen las auras;
Y bullicioso por do quier resuena
El bélico tañer de las campanas!
Observemos de aquí cuanto en las calles
De insólito también sin duda pasa.
¿Qué sucede? Infinita muchedumbre { *(Se acerca*
Gritos alegres y ardorosos alza! { *á una ven-*
Parece que plausibles novedades { *tana y ob-*
A este pueblo quiteño lo entusiasman. *serva)*.
Averigüemos ¿qué es! Acaso alguna
Sublevación discurra por las masas,
Y en horrenda verdad trocarse viera
Los sucesos que el sueño me presagia.
Salvemos pronto las horribles dudas, { *(Entra*
Los hechos conozcamos.—Dios os manda, { *Fuer-*
Querido Fuertes ¿Qué rumor se esparce { *tes)*
De Quito por las calles y las plazas?

ESCENA II.

El Conde Ruiz y Don Felipe Fuertes.

FUERTES.— Señor Conde, parece que del pueblo
La alegre conmoción y la algazara

- Son de origen político, pues que oigo
Mil voces que repiten y propagan
Las frases de "Que mueran los tiranos!
Que perezcan las las Juntas de la España!"
- RUIZ.— ¿Será cierto, decidme, lo que ayer
Un fiel labio en secreto nos contaba?
Querrán en Quito sustraerse necios
Al poder español que los ampara?
Mansanos y Bustillos no nos traen
De tal designio la espantosa trama;
Pretendieron saber en breves horas
Los lazos que terribles nos amagan,
Y no vienen! ¿Pondrán con su desidia
En peligro las glorias castellanas?
Contemplaremos anublarse pronto
Los destinos sagrados de la Patria?
En nuestras manos mirará Castilla
Perdido el porvenir que le esperaba?
- FUERTES— Oh nunca, señor Conde! pues, unís
Valor tranquilo con prudencia sabia;
Por ellos la traición y la insurgencia
Bien pronto miraremos debeladas.
- RUIZ.— No hay tiempo que perder! Marchad, amigo,
A traerme noticias mas exactas,
Mientras salgo á dictar en los cuarteles
Las órdenes severas que demanda
El conflicto que ingratos nos procuran
Los que nos deben bienestar y calma.
Id presuroso, diligencia breve
Hay que emplearse.
- FUERTES— No dilato nada,
Vuelvo al instante. [*Se encuentra con Ante y
{ retrocede*].

ESCENA III.

El Conde, Fuertes y Ante.

- ANTE.— Permitid que os dé,
Señor Conde, noticias detalladas
De los hechos patriotas que producen
El noble gozo que á vosotros pasma.

RUIZ.— ¿Quién os ha permitido, caballero,
Cometer inaudita la arrogancia
De hollar con vuestros piés este recinto,
Sin respetar los fueros que me guardan?
No sabéis que me caben los honores
De fiel representante del Monarca?
Salid! si no teméis que con la muerte
Castigue vuestra singular audacia!

ANTE.— ¡Siempre los mismos! Riguroso ceño,
Porte altivo, sultánicas palabras!

¿Acaso juzga el español que nace
De ínclito origen, de divina raza?

RUIZ.— ¡Me insultais, caballero! Marchad preso
De mi orden al cuartel! Pagareis cara
Vuestra osadía!

ANTE.— Qué engañado estais!
En nombre de la Junta Soberana,
Vengo á intimaros, Conde de Castilla,
Que Quito, conociendo las ventajas
De su propio Gobierno, ha decidido
Sostenerlo sin tregua con sus armas,
Hasta que el rey Fernando vuelva libre
Al trono que sus padres le dejaran.
Os entrego este pliego en que la Junta
Su inquebrantable voluntad declara.

RUIZ.— Aquello que llamais Junta Suprema
Con insigne descaro y petulancia,
Será algun conciliábulo rebelde,
Que luego en la horca concluirá su hazaña.
Recorramos el célebre decreto
Que la siniestra rebelión nos manda.

(Lee el oficio siguiente.)—“La Junta Soberana al Conde Ruiz, ex-Presidente de Quito.—El actual estado de incertidumbre en que está sumida la España, el total anonadamiento de todas las autoridades legalmente constituidas, y los peligros á que están expuestas la persona y posesiones de nuestro muy amado Fernando VII. de caer bajo el poder del tirano de Europa, han determinado á nuestros hermanos de la presidencia á formar

gobiernos provisionales para su seguridad personal, para librarse de las maquinaciones de algunos de sus perversos compatriotas indignos del nombre español, y para defenderse del enemigo común. Los leales habitantes de Quito, imitando su ejemplo y resueltos à conservar para su rey legítimo y soberano señor esta parte de su reino, han establecido también una Junta Soberana en esta ciudad de Sanfrancisco de Quito, à cuyo nombre, tengo à honra el comunicar à US. que han cesado las funciones de los miembros del antiguo gobierno.—Dios &.—Sala de la Junta en Quito, à 10 de Agosto de 1809.—Juan de Dios Morales” —

Vive Dios! que se agota la paciencia,
Que la sangre mis venas despedaza!
Necesita de un rápido escarmiento
La inicua conmoción! Vengan mis guardias!

ESCENA IV.

Los mismos, Salinas y soldados.

SALINAS. — Aquí está, señor Conde, la falanxe
Que debe respetar la sacrosanta
Enseña que los libres enarbolan
Y que un radiante porvenir señala.
¿ Quereis saber su mágica consigna ?
¡ Viva, amigos, la Junta Soberana !

SOLDADOS.— ¡ Viva !

SALINAS.— ¿ Jurais al Dios que nos escucha
Sostener los derechos de la Patria ?

SOLDADOS.— Lo juramos !

SALINAS.— Mirais ya, señor Conde,
El entusiasmo que ardoroso inflama
A los que odian el fiero despotismo
De los viles tiranos, que avasallan
El suelo de sus padres, invocando
Fementidos el nombre del Monarca.

ANTE.— ¿ Escuchais los clamores que á los cielos
El pueblo todo con fervor levanta?
Esas voces que el eco repercute,

Que bulliciosas por el aire vagan,
El hermoso presente del Eterno,
La inestimable libertad proclaman.
Si el cetro de Fernando respetamos,
Cual se respeta la paterna manda,
¿Presumís que podamos nuestras sienes
Doblegar ante infiel aristocracia?
¿Pensáis que un noble pecho se conmueva
Con los rumores de insolente farsa?
Suponeis que del Conde de Castilla
Los fuertes bríos ya la edad quebranta?
Por Santiago! vereisne, caballeros,
Defraudar vuestras necias esperanzas,
Y ahuyentar esas turbas que formasteis
De indigna plebe, de inmoral canalla!
Vendrán muy presto súbditos leales
Que sepan firmes esgrimir la lanza,
Y vereis disiparse como el humo
Del populacho las cobardes masas!
Ay de vosotros! si seguís osados
Desafiando la fuerza de mi rabia!
Con vuestra sangre lavareis la afrenta,
Este baldón que vuestros timbres mancha!

RUIZ.—

SALINAS.—

Desvarío! La América comprende
Que Dios no la ha formado para esclava,
Que debe por lo mismo levantarse
Con frente altiva, con viril pujanza,
Contra aquellos que quieren sin justicia
En odiosas cadenas sujetarla.
¿Quién ha dado, señor, á los hispanos
El derecho de hollarnos con su planta?
Si acaso pueden gobernarse solos
Mientras Fernando prisionero se halla;
Si en las graves consultas tienen voz
Miserables provincias castellanas
¿Por qué nos miran como á ilotas viles,
Por qué con cínico desdén nos tratan?
Escuchad, joven, que tentar deseo
Las medidas pacíficas y mansas
Que alejen los horribles resultados,
Que causa una conducta temeraria.
¿Negareis que una madre tiene siempre
Sobre sus hijos protestad sagrada?

RUIZ.—

Que ellos le deben sumisión, respeto
Y el abnegado amor que Dios les manda?
¡Oh nunca!

TODOS.—

RUIZ.—

¿Sostendreis que no nos unen
Esos lazos filiales á la España,
Si por ella la América figura
En el rol de naciones ilustradas;
Si por ella nació de entre los mares,
Como la hermosa Venus de la fábula;
Si ella ha cubierto su desnudo seno
Con mil adornos de exquisita gala;
Si por ella profesa las doctrinas
De la sublime religión cristiana?

FUERTE.— Ocultar, señor Conde, estas verdades,

No sólo ingratitud, fuera una infamia.
¿Qué elementos tenían por ventura
Las primitivas y salvajes razas?
Por vestido su atmósfera de nieve,
Por abrigo una mísera cabaña,
Por único solaz los fatigosos
Y rudos ejercicios de la caza,
O esas luchas sangrientas, fratricidas,
Que al Cielo piden ejemplar venganza.....

ANTE.—

Basta ya! Supongamos, señor Conde,
Que hayan sido fingidas esas páginas,
Que á Castilla describen para América,
No como madre, como vil madrastra;
Separemos los ojos de ese cuadro
De atroz recuerdo, de memoria infausta,
Que nos enseña al indio perseguido
Como una fiera perniciososa y brava,
Que nos muestra á la madre lamentando
Por el fruto infeliz de sus entrañas,
Que en mil fatigas se doblega ansioso,
Fecundando la tierra con sus lágrimas,
Para dar al blanco que le oprime
Cuánto produce su labor menguada.
Cubramos con espeso cortinaje
Los perfiles funestos que retratan
Mil escenas de incendios y de robos
Y de una horrible, general matanza,
Sin escuchar los ayes lastimosos
Ni los gemidos que el dolor arranca.....!

- RUIZ.— ¿Habeis dado, Doctor, algùn asenso
A tales necesidades que propagan
Los viles enemigos codiciosos
De eclipsar siempre nuestras glorias patrias?
No sentís, caballero, en vuestras venas
Circular esa sangre castellana,
Que tantos héroes produjera al mundo,
Dechados de valor y de constancia?
¿No renegueis con ciego desatino
De las virtudes que à Castilla ensalzau!
ANTE.— Por ello, señor Conde, me escuchasteis
Que la vista del cuadro separaba
Que al indio lo presenta sumergido
En un caos tremendo de desgracias:
Miremos á la España que solícita
Su mano protectora nos alarga,
Que mezcla nuestra sangre con su sangre
Y que un brillante porvenir prepara.
¿Suponeis que por esto deberemos
Inclinar nuestras sienas humilladas
Ante el que quiera dominarnos sólo
Porque viera la luz en tierra hispana?
Acatamos al rey; á su gobierno
Daremos la obediencia consagrada
Por el largo trascurso de los años,
Porque descende de Isabel la Magna;
Pero esas Juntas que ilegales quieren
Imponernos el yugo y la mordaza,
Sólo merecen el desprecio sumo
Con que un reto sarcástico se paga!
RUIZ.— Meditad que esas Juntas representan
La real persona que en nación extraña
Come el pan miserable del destierro,
Entre los muros de prisión amarga!
¿Cómo pudiera gobernar Fernando
Entre insolentes, numerosos guardias,
Que espían sus acciones sin decoro,
Que escuchan traidores sus palabras?
Pretendeis aumentar sus infortunios
Sembrando de dicordia la zizaña?
SALINAS.— Ya no más discusión! Si proyectamos
Quebrantar las cadenas que nos atan
Al carro de insegura oligarquía,

Que á ruina inevitable nos arrastra,
Procedemos como hijos amorosos
De nuestra dulce, desgraciada Patria.
¿Somos culpables, Conde de Castilla,
De los males que á Iberia despedazan?
Nuestras querellas despertaron torpes
De Bonaparte la ambición satánica?
Mendigamos nosotros el amparo
De ese gigante que á la tierra pasma?
Doblegamos talvez nuestras cervices
Del extranjero á la opresión aciaga?
Si náda de esto es cierto, si Castilla
Por indignos manejos es esclava
¿Deberemos lanzarnos sin cordura
Al torrente feroz que la arrebató?
Si un padre en los delitos se sumerge,
Andaremos las huellas que dejara?
Porque una madre sin temor se arroje
A las olas de horrible catarata

RUIZ.—

¿Tendrán sus hijos que seguirla necios
A la sima espantosa que la aguarda?
Oh nó! Pero escuchadme con paciencia,
Dominad los cuidados que os asaltan,
Y vereis que la unión calmar podría
Esa horrorosa tempestad que brama!

ANTE.—

Inútil es hablar contra los planes
Que una madura reflexión dictara!
Hemos visto que nunca se obtendría
La unión que predicais tan entusiasta,
Pues, de la misma Iberia se oye el eco
De la mugiente división que estalla.

¿Flotaremos también a los vaivenes
Que allá produce la fatal borrasca?
Oh jamás! Salvaremos á la América
De todos los conflictos que la amagan,
Y vos debeis prestarnos vuestro apoyo
En favor de la empresa sacrosanta!

RUIZ.—

Qué delirio! ¿Pensais que yo pudiera
Faltar á los deberes que me trazan
La nobleza, el valor y la hidalguía
Que han formado la herencia de mi casa?
Rompería cobarde los sagrados
Vínculos que me ligan á la España?....

Matadme....!
ANTE.— Respetamos, señor Condè,
Las razones plausibles que os enlazan
Al destino infeliz para Castilla,
Que inflexibles los hados la preparan.
Haremos los debidos homenajes
A vuestras limpias, venerables canas.
Perdonadnos, empero, las medidas
Que la imperiosa precaución reclama.
Dáos preso! Tendreis por vuestra cárcel
De este palacio la segunda cámara.

RUIZ.— Cedo á la fuerza! Mas vereis que presto
Mi Patria con orgullo se levanta,
Y en ruín escoria mirareis que torna
Los proyectos indignos que se traman.

SALINAS.— Id, señor!

RUIZ.— Me someto resignado
Al poder de fatales circunstancias.
Adios!

ANTE.— Que El os conceda la paciencia,
Que es en el infortunio necesaria!

ESCENA V.

Ante, Salinas, Fuertes y parte de los guardias

FUERTE.— ¿Qué resolveis de mí? Soy subalterno,
Y espero por lo mismo vuestra gracia;
Si algunos desafueros existiesen,
Yo no soy responsable de esas faltas.
Dejadme en libertad; á las dulzuras
De algún retiro, permitid que vaya.

ANTE. Callad! vuestro destino será luego
Resuelto por la Junta Soberana;
Mientras tanto, soldados, retenido
Conducido á los cuerpos de la guardia.

FUERTE.— Atended; oh señores! mis excusas,
Porque mis labios la verdad sólo hablan.
Qué mal he cometido? Quién se queja
De algún delito, de una acción villana?
Y con todo no pido suplicante
Benéfico perdón....?

SALINAS.—

Basta de lágrimas!

Los cobardes provocan el desdén,
Jamás inspiran compasión magnánima.
Si quisiese acusaros, bien podría
Probar una conducta depravada:
Negra calumnia, delación infame,
Robos sin cuento, violencias tantas,
Es la historia fatídica de aquellos
Que han venido á la tierra americana,
Con el único fin de hacer fortuna,
Sin fijarse en los medios que les valga.

FUERTES.—

Pero yo soy tan falto de recursos,
Que desprovistas hallareis mis cajas,
Pues que mi porte.....

SALINAS.—

¡Supondreis acaso

Que declaro la guerra á vuestras arcas?
Llevadle que es bien digno de desprecio,
Sin que merezca bondadosa lástima.

(Se lo llevan los soldados).

ESCENA VI.

Ante, Salinas.

ANTE.—

Parece, amigo, que el quiteño pueblo
A la voz de sus próceres se exalta,
Pues, escucho mil vivas que los aires
Do quier conmueven con potencia rara.
Nunca he dudado que los hombres tengan
En su pecho la imagen estampada
De la alma libertad, que al fin el mundo
Con sus rayos espléndidos aclara.
¿Quereis, Salinas, que os indique aquello
Que mi ardoroso corazón presagia?
¡Los tronos bajarán á su sepulcro
Con la centuria que actualmente marcha!
¡Qué gloria para América, si puede
Formar entre los libres la vanguardia,
Y extirpar en su suelo el despotismo,
Como se huella ponzoñosa plauta!
Cómo en el horizonte de política
Tan pura y esplendente fulgurara,

Como el rey de los astros que del cénit
Los cocrúleos espacios engalana,
Tiñendo de carmín las negras nubes,
Esparciendo topacios en el nácar!

SALINAS.— Y brillarás, Doctor! Desde los Andes
Hasta las bellas, majestuosas playas,
Que bordan los contornos de la América,
De este edén que los siglos ocultaran,
Entre los himnos que victoria canten,
Pondrá la augusta libertad sus aras!
Parece que ya escucho los clamores,
El bélico rumor de las batallas,
En que son debelados los tiranos
Huyendo tristes á ocultar su rabia!
Nuestros bosques de altivos vegetales
Que al cielo elevan sus frondosas ramas;
Bajo el sol calcinante de los trópicos
Coronadas de nieve las montañas
Los valles que la mágica belleza
De los campos élseos realizaran;
Esos rios que llevan en su curso
Mares inmensos de exquisitas aguas:
Todo anuncia que América contiene
Vitales fuerzas de potencia magna.
¿Podrán sus hijos continuar de siervos,
Si la sangre de sus venas es la lava
Que muge en las entrañas de la tierra,
Que hasta las nubes fragorosa salta?
Oh, nó, Doctor! Si América ha
Del hispano león entre las garras:
Si en cadenas ha visto deslizarse
Los años temblorosos de su infancia,
Ya siente el fuego de entusiasmo vivo,
Ya alza sus sienes que el valor irradian!

ESCENA VII.

Ante, Salinas y Morales.

MORALES.— Grato me es anunciaros la noticia
De que el pueblo por grados se arrebatá,
Secundando el esfuerzo de los nobles,



ANTE.—

También la hermosa libertad ensalza,
Pero estais inmutados ¿ la discordia
Pudo enseñaros su espantosa cara?
Alto Morales! Los patriotas tienen
Henchido el seno de ambición sagrada,
Y mal pudieran ensañarse torpes
Las iras viles de pasión bastarda.
Si se mira el calor en nuestras frentes,
Si resuena vibrante la palabra,
Es que evocamos, inspirados vates,
Los destinos futuros de la Patria;
Y un ancho cuadro de visión espléndida
Los ojos nuestros poderoso encanta.
Miramos á la América ceñida
De los laureles de inmortal guirnalda;
Con que la Libertad la galardona
En premio de sus ínclitas hazañas;
Y vemos á sus hijos que departen,
Entre los goces de fraternas pláticas,
En los placeres de dichosas fiestas
Y en los encantos de íntimas veladas,
Recordando las luchas que les dieran
El dulce bienestar, la hermosa calma.

MORALES.—

Bravo, señores! Yo también provocho
Ensueños deliciosos que me halagan,
Como el perfume de jardín ameno
Como el blando susurro de las auras,
Como el paisaje de florido prado,
Cual de los mares la llanura plácida.
Yo contemplo á mi Patria que combate
Con los esfuerzos de guerrera Pálas
Al rudo despotismo que la oprime,
A todos los tiranos que la ultrajau
Después observo que reviste airosa
El bello manto de Minerva sabia
Y en la senda difícil del progreso
A las otras naciones se adelanta.
Percibo los aromas misteriosos
Que esparce siempre juventud lozana,
Cuando la libertad en torno bate
Sus esplendentes y aromosas alas.
Escucho melodiosos los conciertos
Que celebran sus glorias conquistadas.

Con heroico valor, táctica ciencia
Y una invencible y ejemplar constancia,
Admiro sus adornos primorosos,
Sus vestidos de flores y de gualda,
Que retratan el iris de su cielo,
Y que en sus cofres primavera guarda;
Contemplo las escenas admirables
Con que á los libres el hogar regala,
Esos goces sencillos, pudorosos,
El único solaz de nuestras almas,
Ese árbol fecundante de la vida
Que solo toma de la paz su savia.
Pintais, amigo, con perfiles gratos
Un brillante y risueño panorama,
Cuya vista ha borrado las penurias
Con que un hermoso porvenir se alcanza.
Aún tenemos que guerrear impávidos,
Preparemos el filo de la espada,
Revistamos el pecho de bravura
Que siempre ha sido la mejor coraza:
Busquemos la defensa con el plomo,
Aguzemos la punta de la lanza.
Rudos combates, formidables pruebas,
Señores, yo columbro en lontananza;
La sangre de patriotas á torrentes
Fecundará sin duda las comarcas;
Y en los furoros de espantosa guerra,
Males inmensos sufrirá la Patria!
Yo siento con vehemencia sus pesares,
Deploro sus tormentos y sus ansias;
Mas, si acaso se aplican al enfermo
Remedios que atormentan, que anonadan;
Si se causan dolores lastimosos
Para que sane gangrenosa llaga,
A la guerra acudamos, caballeros,
Llevando por emblema la esperanza,
Y vereis que este antídoto supremo
Da la terrible enfermedad nos salva.
¿Preferiremos existir sumidos
En el abismo que el tirano cava?
Dejaremos la gloria por la vida
Que entre los grillos maldiciente pasa??

ALINAS.—

ESCENA VIII.

Los mismos y Jeres

- JERES.— Los cuarteles se encuentran guarnecidos
Por los hombres valientes, denonados,
Que han jurado morir en la contienda
O el nombre merecer de ciudadanos;
Y al punto piden con fervientes voces
Se les den capitanes arrojados
Que se pongan al frente de las huestes
Que forma la ciudad para el resguardo
De los santos derechos que proclama.....
- MORALES.— Bien, Jeres: dá á las guardias del palacio
La orden precisa de que dejen libre
La entrada á los campeones esforzados
Que compondrán la Junta Soberana
Que debe en lo futuro gobernarnos,
- JERES.— Os obedezco.

ESCENA IX.

Ante, Salinas y Morales.

- MORALES.— Me parece, amigos,
Que tenemos propicios á los hados,
Pues, Quito se levanta de su sueño
Palpitante de ardor y de entusiasmo,
Las calles y las plazas ya contienen
A millares las turbas de paisanos,
Que saludan gozosos á la Patria,
Que invocan el valor americano.
- ANTE.— Si han podido los déspotas tenernos
Con odiosas cadenas maniatados,
Se han valido del medio vergonzoso
De sumirnos tenaces en el cáos
De letal ignorancia, persiguiendo
A los colonos de un ingenio claro,
¿No recordais, señores, el castigo
Que Espejo recibió porque era sabio?
En las losas de inmundo calabozo
Sus fuerzas varoniles desmayaron.
¡Yerto cadáver arrojó á la tumba

Ese arresto feroz y temerario!
Pero la vida del patriota heroico
Y su martirio tan inicuo y bárbaro
Ejemplos han dejado para América,
Que empieza á conocer su vil estado.
¡Inculquemos, señores, en los pueblos
Los hermosos principios democráticos,
Y vereis los prodigios que realizan
A la luz del fanal republicano!

SALINAS.— Bien, Doctor; mas concibo que es urgente
Rápida ejecución de esfuerzo raro,
Hasta dar al gobierno su prestigio
Y extender los principios que invocamos.
Los cuarteles son míos; yo respondo
Del porte valeroso del soldado;
Tenemos además, os lo aseguro,
Para elevar las fuerzas algún plazo,
Porque de Popayán, de Cuenca ó Guayas
No vendrá el enemigo muy temprano.
A esas provincias deberemos luego
Remitir decididos emisarios,
Para ver si obtenemos el concurso
De nuestros más intrépidos hermanos.

ESCENA X.

Los mismos, Quiroga y Ascásubi.

QUIROGA.— Ya, señores, de Quito se estremecen
Con insólito ardor todos los barrios!
Entusiastas exigen que la Junta
Designa los supremos mandatarios
Que puedan dirigir el movimiento
Que derroque el poder de los tiranos.

ASCASUBI.— A mi juicio, conviene la premura,
Vibremos diestros vengador el rayo
Que castigue el oprobio y los ultrajes
Recibidos por míseros vasallos,
Que han visto trascurrir en servidumbre
Largos y tristes, perezosos años.

MORALES.— Ya vendrán todos los caudillos nobles,
Del Pichincha los hijos abnegados,

Que en aras de la Patria su existencia,
Su suerte y su reposo han consagrado.
A su concurso tomaremos pronto
Cuantas medidas aconsejen bravos,
A fin de que la santa democracia
No se evapore cual fantasma vano.

E,SCENA XI.

Ante, Salinas Morales, Quiroga, Ascásubi, Montúfar, Larrea y Matheu,

MATHEU.— Urje el tiempo, señores! Es preciso
Que en Junta Soberana discutamos
Las órdenes que deban impartirse
En pro del movimiento sacrosanto
Que darnos debe libertad y gloria,
Firme rompiendo maldecidos lazos.

MONTUEAR.— De otros muchos patriotas ardorosos
Traigo conmigo su poder más amplio:
Correa, Villalobos, Cájias, Melo,
Vinueza, Arenas, Vélez y Zambrano,
Riofrío, Castelo, Peña, Checa,
Con Angulo, Castillo y otros tantos
Proyectaban venir, mas prefirieron
En el pueblo quedar incorporados,
Con el fin de inspirar entre las masas
Toda la fuerza de su aliento patrio.
Aquí teneis las firmas con que aprueban
Los hechos de la Junta de antemano.

Lee y entrega este pliego.—Los infrascritos dan sus poderes al Señor Don Pedro Montúfar, para que les represente en la primera sesión de la Junta Soberana, cuyos actos aprueban desde ahora.—Quito, á 10 de Agosto de 1809.—Siguen las firmas.

ANTE.— Está muy bien.—Señores, yo propongo
Instalar la sesión.

TODOS— Queda aprobado.

ANTE.— ¿Quién deberá ocupar la presidencia,
Dirigiendo entusiasta nuestros actos?

LARREA.— Es menester, señores, que busquemos
Prendas brillantes con severo tacto,
Pues, de nuestra elección sin duda pende
El éxito que tanto ambicionamos.
A más del exaltado patriotismo
Las luces y el valor son necesarios,
Así como el prestigio que asegure
El concurso de un pueblo entusiasmado.

MORALES.— A nadie favorecen estas dotes,
Deberéis, mis amigos, confesarlo,
Como al noble Marqués de Selva Alegre,
A quien de presidente yo proclamo.

TODOS.— Que nos place!

MONTUFAR.— Señores, yo agradezco
Tan alto honor, á nombre de mi hermano;
Mas ¿no pudiérais meditar en calma
Y fijaros en otro candidato?

ANTE.— No deis, Montúfar, el funesto ejemplo
De argüir las medidas que dictamos.
¿Por qué no hará el Marqués un sacrificio
Guiando nuestros vacilantes pasos?

MONTUFAR.— Dispensadme! Tan solo pretendía
La mejor elección; empero, acato
Vuestras órdenes.

ASCASUBI.— Creo, pues, señores,
Que debemos nombrar los ciudadanos
Que lleven al Marqués la fausta nueva,
Y le supliquen que se venga al acto
A recibir las riendas del gobierno
En sus expertas y entusiastas manos.

QUIROGA.— Opino que Salinas y Morales
Con Ante desempeñen este cargo,
Decidiendo al Marqués de Selva Alegre
Su poderoso contingente á darnos.

TODOS.— Resuelto queda.

ANTE.— Cumpliremos luego
Vuestra resolución.— Señores, vamos.

SALINAS Y MORALES.— Marchemos. — (*Salen*).

ESCENA XII.

Quiroga, Ascásubi, Montúfar, Larrea y Matheu.

QUIROGA.— La fortuna nos protege

Con clara decisión. Ningún obstáculo
Se opone, caballeros, al triunfo
De los santos derechos proclamados.
Los despóticos hijos de la España
Que quieren prolongar nuestros agravios,
Se encuentran detenidos, ó cobardes
A la fuga veloz han apelado.
Su porte garantiza la victoria:
¡Yo la saludo con ardiente labio!

MONTUFAR.— EL DIEZ DE AGOSTO! Luminosa fecha
En los anales del valor humano!
De servidumbre entre las densas brumas,
Puro y radiante, bendecido faro!
Su memoria será sublime enseña
De los patriotas esplendente lábaro!

LARREA.— MIL OCHOCIENTOS NUEVE! DIEZ DE AGOSTO
Las palabras serán que en vuelo rauda
Se extiendan con la armónica dulzura
Que da la gratitud en su entusiasmo!
En los remotos siglos su recuerdo
Palpará en el pecho americano,
Como vive la imagen de la patria,
Como vive la gloria con sus lauros.

MATHEU.— Yo bendigo al Señor, porque ha querido
En sus profundos, místicos arcanos,
Que figure mi nombre con los vuestros
En la conquista de derechos santos!
Plegue al Cielo aceptar mi sangre toda
En humilde y patriótico holocausto,
Que alcance su mirada para América,
Que obtenga luego su inmortal amparo!
En éxtasis divino yo espirara
Las alabanzas del Señor cantando!

AECASUBI.— Feliz el pueblo cuyos hijos andan
De excelsas glorias al impulso mágico!
Risueño porvenir de ancho horizonte
Le prometen verídicos los hados!
Nuestra Patria también tiene sus héroes
Y su envidiable porvenir presagio!
Si hora le encubren las opacas nieblas
Del duro coloniaje castellano,
El brillante fulgor de las espadas
Disipará las nubes por encanto,

Y en mil antorchas de colores vivos
Fulgararán espléndidos los astros;
Más que la tierra de Canaan, fecundos
Bordaránse magníficos los campos,
Y asentarán sus reales en la América
El progreso y la paz, dones sagrados!
QUIROGA.—Que el Eterno se muestre compasivo
Escuchando los votos que elevamos,
Y tornaránse en bellas realidades
Estos ensueños que se ciernen plácidos!

ESCENA XIII.

Los mismos, el Marqués de Selva Alegre, Ante,
Salinas y Morales.

ANTE.— Feliz nueva! El Marqués de Selva Alegre
La honrosa comisión acepta grato.

MARQUES.—No me creo, señores, competente
Para guiar la nave del Estado;
Mas pongo mis servicios miserables
Al arbitrio del pueblo soberano.

ANTE.— Pasad, señor Marqués, á vuestro asiento,
Y dirigid los prístinos trabajos
Que la naciente libertad emprende;
Para fundar su imperio sacrosanto.

MARQUES.— Yo solo no podría manejar
El difícil timón en mar airado;
Señaladme, pues, cólegas que puedan
Darme el auxilio de talentos claros.

MORALES.— Yo propongo, señor, que se designen
Los miembros de una Junta de despacho,
Que alumbre al presidente con sus luces
Y que forme un patriótico senado.

TODOS.— Muy bien!

MARQUES.— De preferencia designemos
Del Gobierno los altos funcionarios.
La Vicepresidencia yo supongo
Que debe encomendarse sin reparo
Al sabio y reverendo Obispo Cuero:
Señores ¿qué decís?

TODOS. Que ejerza el cargo.

ANTE.— Opino que á Morales, á Larrea

Y á Quiroga se nombre secretarios
De Gobierno.

MARQUES.— ¿Aprobáis el nombramiento
Que indica el Doctor Ante?

TODOS.— (*Menos los nombrados*). Lo aprobamos.

MARQUES.— Morales, tomareis notas exactas
De esta sesión.

MORALES.— Acepto vuestro encargo.

SALINAS.— La Junta ejecutiva de Gobierno
Formarán los primeros dignatarios;
Y á fin de darle superior prestigio,
Nombremos otros nobles ciudadanos.

TODOS.— Está bien.

SALINAS.— Yo os presento á los señores
Guerrero, Benavides y Zambrano.

MONTUFAR—Incluyo en esa nómina á Matheu
Y á don Manuel Larrea.

TODOS.— Los nombramos.

MARQUES.— Además, los marqueses de Solanda,
Villa-Orellana y Miraflores, alto
Tienen el patriotismo, y bien pudieran
Sus claras luces, su valor prestarnos.
Con tales personajes erigida
La Junta soberana yo declaro.
Doctor Ante: sois hombre de talento,
De saber y de arrojo temerario;
Vuestros consejos, vuestra acción pujante
Como primera condición reclamo.

ANTE.— Señor Marqués: mi vida y mi fortuna
Para el bien de la Patria he consagrado:
A cualquier comisión ó al sacrificio
Podéis destinarme por lo tanto.

MARQUES.— Salinas: sois querido en los cuarteles,
Poseeis el valor de un espartano;
Estáis dotado de virtudes cívicas
Y las tropas confío á vuestro mando.

SALINAS.— Gracias, señor! Deseaba mis servicios
A la Patria prestar como soldado,
No como jefe, pues, me niega Marte
Las altas dotes de un guerrero tacto.

MARQUES.— No hay discusión.—Ascásubi, tenéis
Que preparar los cuerpos milicianos,
Cuyo jefe seréis; vuestro segundo

- Será Don Pedro, mi valiente hermano.
ASCASUBI.— ¡ Ojalá pueda en número y deuedo
Elegar las milicias à su máximo,
Y llevarlas audaces al triunfo,
Desafiando á los cuerpos veteranos!
MONTUFAR.— Tendréis, amigo, un auxiliar constante
En la dura labor de vuestro grado.
¡ Feliz si puede en la campaña próxima
Impetuoso vencer al otro bando!
LARREA.— Aunque la suerte nos señala el puesto
Del mueble gabinete diplomático,
En las rudas faenas de la guerra
Activos nos veréis á vuestro lado.
MATHEU.— La heroica empresa que el destino pone
Ahora en nuestras decididas manos,
Exige un sabio tino, un gran esfuerzo,
Y menester será multiplicarnos.

ESCENA XIV.

Los mismos y Jeres.

- JERES.**— Señor! El pueblo con alegres vítores
Celebra vuestro nombramiento fausto,
Y pide saludar á Vuestra Alteza,
Si en las puertas quisiéseis presentaros.
MARQUEB.— Conviene recibir de nuestra Quito
El saludo cortés que viene á darnos.
Vamos, señores! Que nos una al pueblo
La liga estrecha de un cordial abrazo.
Mas Quiroga, Morales y Larrea
Preparen los decretos entre tanto
Que convenga dictarse: en su ardimiento,
Y en sus grandes talentos yo descauso.

ESCENA XV.

Quiroga, Morales, Larrea y luego Jeres.

- MORALES.**— Arduas tareas, amigos,
Tenemos en nuestras manos:
Esclarecer los arcanos
De los viles enemigos;

Oponerles los remedios,
Que aconseje la prudencia,
Empleando con vehemencia
Los mas enérgicos medios;
Fingir adhesión al rey,
A que el pueblo no se aleje,
Y hacer que en su curso deje
Huellas brillantes la ley;
A fin de que acostumbrada
La gente á su dulce imperio
Arroje su vituperio
A la esclavitud menguada;
Elevar á pié de guerra
Las fuerzas que tiene Quito,
Y obtener que nuestro grito
Conmueva la esclava tierra.

QUIROGA.—Habéis, Morales, pintado
Discreto la situación;
Consagremos nuestra acción,
Nuestro brío denodado,
A trasponer con premura
El escabroso camino,
Que nos señala el destino,
Para llegar á la altura
En que radiante flamea
La bandera de victoria,
Y en que risueña la gloria
Con sus mil dones campea.
Astucia, valor y tino
Son las bellas cualidades
Que allanan dificultades,
Que cambian adverso síno.

LARREA.— Es exacto, y por lo mismo
Sin dilación adoptemos
Aún los medios extremos
Que dominen el abismo.

MORALES.— Para conseguir la unión
De las provincias lindantes,
Debemos enviar cuanto antes
Personas de alta razón,
Que con ardiente elocuencia
Prueben á nuestros hermanos
Que abatirse á los tiranos

Es la suprema demencia;
Que desdeñar la fortuna
De una patria independiente,
Sólo es propio de la gente
Degradada cual ninguna;
Pues, hasta el necio salvaje
Que á las fieras se parece,
A ningún amo obedece,
A nadie rinde homenaje.
Los pueblos comprenderán
Lo exacto de este discurso,
Y su potente concurso
A ofrecernos ya vendrán.

QUIROGA.— Y luego en esta ciudad
Convoquemos á todo hombre
A las armas, en el nombre
De la augusta libertad;
Veréis que Quito responde
De la Patria al llamamiento
Con el bélico ardimiento
Que á los libres corresponde.

LARREA.— Ante todo, caballeros,
Sus coronas niega Marte
Al que no tiene de parte
Bien equipados guerreros.
Aunque el pueblo favorece
Entusiasta el movimiento,
Vendrá luego el desaliento
Si acaso de armas carece.
En estado lastimoso
El parque se halla al presente;
Y es de todo punto urgente
Hacerlo más poderoso.
Los partidarios de España
Han guardado el armamento;
Conviene, pues, al momento
Recuperarlo con maña.

QUIROGA.— Decís bien, y la ocasión
Tenemos en nuestras manos,
Pues, Bustillos y Mansanos
Se conservan en prisión;
Empleemos la amenaza
Con terco y adusto ceño,

Veréis el fin halagüeño
Que nos produce esta traza.

MORALES.—Lo creo, pues, son cobardes.
Jeres! (*Acude Jeres*).

JERES.— Señor!

MORALES.— Custodiados
Trae á los presos tomados
Por la noche: no te tardes.

JERES.— Vuelvo al acto. (*Salte*).

QUIROGA.— Mientras vienen
Os indicaré, señores,
Todos los vagos temores
Que en mi pecho se contienen.
Para luchar victoriosos
Contra el poder de Castilla,
Que nos abate y humilla
Con sus seides numerosos;
Es de vital importancia
Un jefe de ardiente brio,
Que en el mortal desafío
Una al valor la constancia;
Que á la sacrosanta empresa
Todas sus horas dedique;
Que abnegado sacrifique
Su persona y su riqueza;
Y sobre todo que ostente
En combate el heroísmo,
En consejo el patriotismo,
Y siempre un genio potente.

LARREA.— Lo conozco, y por desgracia
Nos hace falta el caudillo,
Que de las armas al brillo
Junte suma diplomacia;
Que con la fé poderosa
Que en frente heroica fulgura,
Alumbre la senda oscura
De una marcha peligrosa.

MORALES.— Que le faltan al Marqués
Tan raras prendas lo noto;
Y si acaso por mi voto
Se elevó al solio talvez;
Escuchadme la razón
Que mi conducta trazara,

Pues, quiero que quede clara
Mi pobre reputación.
Nuestro pueblo acostumbrado
A doblegar la cabeza
Al brillo de la riqueza
Y de un nombre titulado,
Miraría con desprecio
La rebelión que encabece
Cualquier hombre que carece
De aquel prestigio tan necio.
Brindad al niño un rubí
Y un oropel deslumbrante,
Veréis que toma al instante
Aquello que es baladí.
Era, pues, indispensable
Para formarnos partido,
Que el presidente elegido
Fuera algún rico notable;
Y entre aquellos de que Quito
Actualmente se gloria,
Nadie tiene la valía
De Selva Alegre, repito.

QUIROGA.—Estoy conforme, querido,
Con tan discreta opinión;
Mas, para que la elección
Tenga el fin apetecido,
Es necesario infundir
En el viejo presidente
Un entusiasmo vehemente
Por el patrio porvenir;
Y entonces, si es conducido
Por hábil y fuerte mano,
Podrá abatir del tirano
El poder aborrecido.

ESCENA XVI

Los mismos, Mansanos, Bustillos, Jeres y soldados.

JERES.— Vienen los presos,
MORALES.— Entrad!
Y escuchadnos con respeto
El importante decreto
Que dicta la Majestad

De la Junta Soberana.

MANZANOS.—Tal tratamiento de honor
Solo al rey se da, señor;
Vuestra lengua lo profana.

MORALES.—Sois un súbdito celoso! (con ironía)

Mas no penséis que degrado
El tratamiento sagrado
Que notáis escrupuloso.
Nuestra Junta representa
De Fernando la persona,
A sostener la corona
Se prepara de su cuenta;
Y ¿no podrá revestirse
De un augusto tratamiento?
Mas divago, y al momento
Debe el decreto cumplirse.
Tenéis ocultas, señores,
Muchas armas del Gobierno,
Y las daréis!

BUSTILLOS.— Dios Eterno!
¿Quiénes son los traidores
Que la calumnia han vertido
Contra vasallos leales?

MANZANOS.—Os afirmo que los tales
Enemigos han mentido.

LARREA.— ¡Callad, señores, callad!
Me pasma vuestra osadía;
Suspended necia porfía
Y las armas entregad!

MANZANOS.—Os protesto de mi parte
No haber armas ocultado:
De Astrea soy empleado
Y miro con odio á Marte.

BUSTILLOS.—Las armas que manejamos
Son las leyes de Partida;
Desde jóvenes la vida
A su estudio consagramos.

QUIROGA.—¿Pensáis que la Junta ignora
Vuestras infames acciones,
Ajenas de las funciones
Con que Temis condecora?
Os habéis puesto al servicio
De las Juntas de la España;

Su dominación extraña
Pide todo sacrificio.
Espías y delatores,
Verdugos y esclavos viles:
Tal es á grandes perfiles
El cuadro en que estáis, señores.

BUSTILLOS.— Los miembros de Real Audiencia,
De ese cuerpo venerable,
Siempre han hecho respetable
Con virtudes su existencia.

MORALES,— ¡Basta de ampulosas frases
Que su efecto no producen!
Dad las armas ú os conducen
A torturas eficaces.
Ejemplo ha dado Castilla
De aplicar rudos tormentos,
A que los propios acentos
Sirvan á uno de cuchilla.

MANSANOS.— ¡Qué escucho! ¡Tendréis valor
Para hollar nuestra nobleza?
Reduciréis á pavesa
Nuestros títulos de honor?

LARREA.— Escoged de estos extremos,
Las armas ó la tortura;
No hay medio, pues la blandura
Es inútil, ya lo vemos

BUSTILLOS.— Si al Monarca respetáis,
Cual vuestras frases lo dicen,
Vuestros hechos contradicen
Lo mismo que aseguráis.
Viene nuestra alta misión
Del gran solio castellano.
¡A nombre del Soberano.
Os intimo rendición!

QUEROGA.— En su soberbia arrogancia,
Todo español se figura
Verse del trono á la altura,
No cederle en importancia.
Mas hora las ilusiones
Huyen raudas como el viento;
Pues, la imagen del tormento
Disipa necias ficciones.
Conduce á estos hombres, Jeres,

- Al cuerpo de guardia, y dales
Las penas más infernales
De aquellas que tú supieres.
- JERES.— Está bien! y os aseguro
Que estos señores serán
Tratados con el afán
Que se merece un perjurio.
Marchemos, pues!
- MANSAÑOS.— Esperad!
Ya que la fuerza mezquina
Contra nosotros se obstina,
Escuchadme la verdad.
El Conde Ruiz me confió,
Cual depósito sagrado,
Cien fusiles que he guardado,
Como el Conde me mandó.
Están en casa.
- MORALES.— Contentos
Quedamos todos, señor,
Pues alejais el horror
De los odiosos tormentos.
Y vos, Bustillos ¿seguís
Un ejemplo tan prudente
O la tortura inclemente
Con terquedad preferís?
- BUSTILLOS.— Ante la fuerza me inclino,
Y os anuncio que en mi casa
Hay un parque de igual tasa
Que el Conde á encargarme vino.
- LARREA.— Perfectamente! Excusad
Las medidas rigurosas,
Que las hiciera forzosas
La propia seguridad.
Llévalos, Jeres, al punto
Con la guardia competente,
Y conduce diligente
De las armas el conjunto.
- JERES.— Voy con ellos, y deseo
Que ningún percance pueda
Obligarme á que proceda
De algún desmán al empleo.
- BUSTILLOS Y MANSAÑOS.— Adios, señores!

ESCENA XVII.

Morales, Quiroga y Larrea.

QUIROGA.—

Estamos

En la senda del progreso;
Lo prueba el feliz suceso
Que de obtener acabamos.
Si acaso estos caballeros
Algún tanto han resistido,
Nunca hubiera convenido
Atormentarles severos.
¡Si la dulce libertad
En el mundo se proclama,
Que refleje su oriflama
Sin sombras la claridad!

MORLAES.—

¡Quede el tormento inhumano
Para los hombres serviles,
Que abaten sus frentes viles
Ante el ceño de un tirano!
Profundo rubor senti
Por la amenaza fingida.
¡Quiera el Cielo que en mi vida
No me vea cual me ví!

LARREA.—

¡Tenéis, amigos, razón!
Si odiamos el despotismo,
Que nos separe un abismo,
De ese monstruoso Nerón!
Como una modesta fuente
Marcha en su tenue carrera
Fecundando la pradera
Y refrescando el ambiente;
La libertad sus senderos
Con ricas huellas decora,
Pues, Febo, Minerva y Flora
Son sus fieles compañeros.

ESCENA XVIII.

Los mismos, el Marqués, Ante, Ascásubi, Salinas,
Montúfar y Matheu.

MARQUES.—El pueblo me ha demostrado

Con su ardorosa alegría,
Que el diez de Agosto es el día
Que el Supremo ha destinado,
A que pueda sacudir
Quito su odiosa cadena,
Y avanzar con faz serena
Camino del porvenir.

Luz de América será
Nuestra Quito proclamada,
Cuando la esclavitud menguada
Deje de humillarnos ya.

SALINAS.—

La patria heroica de Espejo
Siente correr en sus venas
Sangre de fuego que apenas
Contiene un sabio consejo.
¿Visteis el ardiente anhelo
Con que á poner se adelanta
Su inexperta y joven planta,
En el palenque del duelo
Contra España preparado?

ANTE.—

La apoteosis esplendente
Con que nos honra al presente
Este pueblo entusiasmado,
Es una prueba brillante
De sus nobles sentimientos,
Que harán heroicos portentos
Cuando la guerra adelante.

MONTUFAR.— ¡La salvación es segura!

Parece que dulce aspiro
Fragante brisa y que admiro
Campos de grata hermosura!

ASCASUBI—

Me deslumbran los laureles
Con que la Patria se ostenta!
Luego la miro contenta
Cruzar los anchos verjeles
Que libertad le prepara!

MATHEU.—

Escucho alegres canciones
Que celebran con sus sonos
La gloria que nos depara
En lo futuro el destino.
¿Quién no envidiará, señores,
Los purísimos albores
Que refleja nuestro síno?

MARQUES.— Vuestro entusiasmo me infunde
Una espléndida confianza!
Quien lucha con esperanza
A su enemigo confunde!

MORALES.— Esta plausible noticia,
Caros amigos, aleja
La honda zozobra que aqueja
Al que su campaña inicia.

LARREA.— La Patria nos felicita
Por la próxima victoria!
Oigo también que la historia
Altas hazañas recita!

QUIROGA.— El mundo antiguo, señores,
Sabrá que en el nuevo laten
Nobles pechos que combaten
Contra sus necios furoros.

ANTE— ¡Salud, valerosa Quito!
Tu renombre me conmueve!
Por toda la tierra en breve
Será ensalzado tu grito!
(Cae el telón).

ACTO TERCERO.

El proscenio presentará una sala del palacio de Gobierno en Quito, con una puerta en el fondo y ventanas con verjas de hierro que miren al interior del edificio.



ESCENA I.

El Conde Ruiz, Mansanos, Bustillos y Fuertes,

RUIZ— En el tiempo trascurrido
Desde aquel funesto día,
En que sufrió un golpe rudo
El gran poder de Castilla,
De aspecto, de condición
Todas las cosas varían,
Como habreis notado, amigos,
Al primer golpe de vista.

De pronto engañado el pueblo
 Por las viles arterías
 De los que, á fuer de patriotas,
 Esclavizarlo querían,
 Secundó con entusiasmo
 La revolución inicua,
 Que echaba por tierra todas
 Las tradiciones antiguas.
 El respeto á Dios y al rey,
 La castellana hidalguía,
 Las creencias religiosas
 Que hacía el bien nos encaminan;
 La gratitud que á la América
 Con nuestra patria la liga:
 Todo esto los insurgentes
 Olvidaron con perfidia.
 Pero el pueblo ya conoce
 La refinada malicia
 De aquellos que le arrastraron
 A la espantosa rüina.
 Mil protestas que recibo
 A cual mas fieles, sumisas,
 Lo impopular y aislado
 De la rebelión me indican.
 ¿Tenéis vosotros de afuera
 Algunas buenas noticias?

BUSTILLOS.—El comandante Arredondo
 Con fuertes tropas de Lima,
 A marchas forzadas, viene
 A las faldas del Pichincha.
 No tarda en llegar, y entonces
 Veréis la turba enemiga
 Disiparse por encanto
 Como una tenue neblina.

RUIZ.— Perfectamente; y á vos,
 Mansanos ¿qué os comunican?

MANSANOS.—Que de Popayán sus fuerzas
 Don Miguel Tacón envía,
 A fin de que tranquilicen
 Esta rebelde provincia.
 Derrotadas por el norte
 Las tropas de la anarquía,
 Mal pudieran oponerse

Con ninguna tentativa.

RUIZ.— Todo está bien; y vos, Fuertes,
¿ Tenéis nuevas de valía ?

FUERTES.— Escuchadme, señor Conde,
Noticias bien fidedignas,
Que de cierto la victoria
Cercana nos pronostican.
El coronel Aimerich
Que á Cuenca tiene pacífica,
Porque el Obispo Quintián
Es decidido realista,
Que con sus sabios consejos
Al pueblo obediente guía;
Aimerich, repito, manda
Columnas bien dirigidas
Contra Quito la rebelde,
La que desleal olvida
Los mil favores de España,
Sus maternales caricias.
Cucalón de Guayaquil,
Con valerosa energía,
También remite sus huestes
Numerosas y aguerridas;
De tal modo que se encuentra
La rebelión circüida
Por un anillo de hierro
Que la estrecha, que la asfixia.

RUIZ.— Bravo, señores! Me dais
Un conjunto tal de dichas,
Que temo que el corazón
A su influjo no resista.
No presumais, mis amigos,
Que yo tenga en mucha estima
El poder que de mis manos
La revolución me quita,
Porque soy viejo y la muerte
Un breve plazo me fija.
Lo que produce en mi pecho
La más ferviente alegría,
Es el destino de España,
De esa patria tan querida,
Que recobra el poderío
Que en estas tierras perdía.

¡ No hubiera sido, señores,
La cosa mas aflictiva
Para un anciano que ha puesto
En su honor todas sus miras,
Que le tilden de cobarde
O le acusen de desidia,
Imputándole la pérdida
De estas colonias tan ricas ?
¡ Este horrible pensamiento
Me estremece todavía !
Oh! venga mas bien la muerte
Con torturas exquisitas !

BUSTILLOS.—Felizmente ya el Gobierno
De ningún modo peligra;
De manera que se debe
Poner la atención mas viva
En tomar de los facciosos
Una venganza supina.
¡ Que con su sangre y sus lágrimas
Laven las manchas indignas
Que esparcieron en el manto
De nuestra patria afligida !

FUERTE.— Sí ! Merece, señor Conde,
La vandálica osadía
Castigo ejemplar que deje
Memorias que no se extingan !
Por cada insulto de aquellos
Que infames nos dirigían,
Deben sufrir los rebeldes
Un tormento, una agonía !

MANSANOS.— Bustillos ¿ no recordáis
Las punzantes diatribas,
Las amenazas horribles
Con que tercios exigían
La pronta entrega del parque
Confiado á nuestra vigía ?
¡ Aún resuenan ingratas
Esas frases atrevidas,
Con que al fin nos arrancaron
El secreto que querían !
Siento posarse en mis hombros
Manos brutales, sacrílegas,
Que me arrastran al suplicio

Con la furia del canibal!
Miro en torno dibujarse
Mil sarcásticas sonrisas
Que se burlan sin piedad
Del tormento que me aplican!
Oh sí! Los viles ultrajes
Tal venganza solicitan,
Que gota á gota se riegue
La sangre impura y maldita,
Que dá vida á los autores
De tan negra villanía!

RUIZ. —

Calmad, querido Mansanos!
Y pensad á sangre fría
Que la venganza es pasión
De gentes muy poco dignas.
Por otra parte debéis
Posponer vuestras rencillas
Al bienestar de la patria
Que de la unión necesita.
Son culpables los rebeldes
De patente felonía;
Mas debemos castigarlos
Con la lenidad política
Que exige la situación
De estas colonias ya altivas.
Los sangrientos espectáculos
¿Qué resultados tendrían?
El pueblo viera en nosotros
Los tiranos que lo humillan,
Y luego contra el poder
De España se lanzaría;
Al paso que la blandura
Con que el crimen se corrija,
Nos diera todo el prestigio
De una conducta benigna.

BUSTILLOS. — Yo siento que mi opinión
Vuestro juicio contradiga;
Pero es urgente explicarnos
En posición tan ambigua.
La impunidad de los crímenes
Presto esparce su semilla,
Y brotan do quier los vicios
Si las penas paralizan.

¿Cómo contuvo la España
La invasión de la heregía?
¿Con el fuego de la hoguera,
Con las torturas benditas!
Cómo pudo el Duque de Alba
Tener á Flandes rendida?
Hollando nobleza y plebe
Con sus dos plantas invictas!
Y ¿por qué sucumbió César
Entre manos homicidas?
Fué su clemente dulzura
Que le arrancara la vida!
Y si quisiera mil casos
Semejantes citaríá,
Que prueban lo inconveniente
De las débiles medidas;
Pero bastan los nombrados...
Sois erudito, á fé mía!
Más, sin entrar al examen
De las causas efectivas
De aquellos hechos, decidme:
¿Por qué la vil tiranía
Ha contado entre sus jefes
Cien mil oprobiosas víctimas?
Desde el crüel Pigmaliön
Que asolaba la Fenicia;
Desde el imperio nefando
De Nerön y de Calígula,
Hasta el infausto gobierno
De Don Pedro de Castilla
¿Cuántos déspotas han visto
Las vengadoras cuchillas?

RUIZ.—

FUERTE.— Es que han tenido sin duda
Momentos de cobardía,
Soltando al pueblo las riendas,
Cual ginete que vacila.
Dadme un hombre que haya siempre
Vibrado sin mano tímida
El rudo fúete de mando
Sobre las turbas que gritan,
Y os diré que ese hombre tuvo
Glorioso el fin de sus días!
RUIZ.— ¿Qué, señores! ¿Os dotáis

De condición tan mezquina,
Que sólo el látigo pueda
Poneros en buena vía ?
Vuestros discursos feroces
Os juro que me horrorizan !
Ved al Salvador del mundo
Propagando su doctrina,
Y erigiendo un vasto imperio
Con su palabra bendita !
En medio de pueblos bárbaros
Mirad á la Iglesia pía,
Que extiende los anchos límites
Del poder que la eterniza !
Las frentes más orgullosas
Ante su cetro se inclinan !
Ved al heroico Las Casas
Entre las tribus indígenas,
Llevándolas al influjo
De palabra que electriza
Por su cristiana elocuencia,
Por su piedad compasiva !
Oh ! no reneguéis, amigos,
De aquella esencia divina
Que Dios infundió en el hombre
Al darle el soplo de vida !

BUSTILLOS.— Señor Conde, respetamos
Las ideas que os dominan,
Dignas por cierto del alma
Del sublime Evangelista. (*Con ironía*).
El mando supremo os cabe
Por vuestra alta g rarquía;
Nosotros acataremos
Lo que haga vuestra justicia.

RUIZ.— No espero ménos, señores,
De personas tan cumplidas!
Aprovechemos el tiempo
Con prudente economía;
Y á fin de obtener que sea
La victoria más magnífica,
Id á preparar los ánimos
De los valientes realistas,
Para que todos se presten
A hacer solemne este día

En que América á la España
Su fiel sumisión le rinda
Como os dejan los rebeldes
En libertad, bien podrían
Ejecutarse mis órdenes
Sin trabas y sin espías
MANSANOS.— Obedecemos, señor,
Sin demora.

BUSTILLOS Y FUERTE.— Hasta la vista,

ESCENA II.

El Conde Ruiz de Castilla,

¡Mi situación es horrible
En medio de esta anarquía,
Porque me encuentro rodeado
De personas tan malignas,
Que ven sólo la venganza,
Que sólo sangre respiran !
¡Cómo salvar, Dios eterno,
A las infelices víctimas
De un deplorable extravío,
Talvez de patriotas miras !
Si yo les doy el perdón
Como mi conciencia dicta,
Es probable que estos hombres
Contra mis actos escriban,
Imputándome la mancha
De traición ó de apatía;
Y entonces á la insurgencia
Con más furor se castiga !.....
Mas ¿ no pod-é perseguirles
Con aparente energía,
Y retardar la sentencia
Hasta que el odio se extinga ?
Sí !.... Voy á adoptar en el acto
Idea tan peregrina !
Quiera el Cielo proteger
Los deseos que me animan !
Ellos se han portado nobles
En la rebelión que agitan;
Me han rodeado del respeto

Que su estado permitía;
Y en las revueltas que siempre
Todo trastornan y minan,
Han dado al pueblo indefenso
Las mejores garantías.
Oh! Yo no puedo pagar
Una conducta tan digna,
Sino buscando los medios
De salvarles de esta sima;
Pues, antes que condenarlos
A última pena, pondría
En mi sentencia de muerte
Con más contento mi firma.

ESCENA III.

El Conde de Castilla y Jeres.

JERES.— El Marqués de Selva Alegre
Con mucha instancia os invita
A tener entre los dos
Una secreta entrevista.
Os espera en su despacho
Si os dignáseis admitirla.
RUIZ.— Voy al acto, pues, deseo
Hablar con él en seguida.

ESCENA IV.

Jeres.

¡Yo presiento mil desgracias
Cuya imagen me contrista!
Miro eclipsarse en el Cielo
La luz de la patria mía,
Con el fulgor de un cometa
Que roja sangre destila!
Mil reveses ya sufrimos
En las comarcas vecinas,
A cuyos golpes las tropas
Se desbandan, se disipan,
Como las nubes que arrastran
Del raudo aquilón las iras!

En el pueblo el desaliento
Rápidamente se infiltra;
De suerte que quedan pocos
De almas constantes, invictas,
Que fieles á sus promesas,
Se muestran con faz altiva.
En esta misma sesión
Que á convocarla me envían,
Nuestros caros intereses.
Sin duda que se ventilan
Talvez débil el Marqués
Sus deberes sacrifica,
Sepultando en un abismo
De desastres sin medida
Al pueblo que le ofreciera
Sus respetos y su estima.

ESCENA V.

Ante, Montufar y Jeres.

ANTE.— Se me acaba de contar
Que el Conde Ruiz de Castilla
Y el Marqués de Selva Alegre
Conferencian de tal guisa,
Que parece que de acuerdo
Contra nosotros conspiran.
Ningún ministro la escena
Con su presencia autoriza;
De suerte que la traición
Cierne sus alas fatídicas.

MONTUFAR.— Dínos, Jeres, que hay de cierto
En los hechos que se pintan,
Porque es horrible el estado
De dudosa expectativa.
¡No permita el Cielo nunca
Que deshonne mi familia
Ese baldón espantoso
De traición ó cobardía!
Parece, Jeres, que dudas,
Porque tus labios vacilan:
No temas, pues, los fracasos
Mi corazón fortifican.

JERES.— Pues, señores, el Marqués
Vino con frente abatida
A su despacho, y muy luego
Agitación convulsiva
Sacudió sus miembros todos,
Mientras sus labios decían:
“Mis riquezas. . . . Mis honores. . . .
Tantos goces y delicias.
Todo en triste confusión
La borrasca precipita.!
Los calabozos. Los hierros,
Que en el cadalso terminan.
A tal aspecto infamante
Mi corazón se horripila.
Es menester que concluyan
Las ansias que me aniquilan.”
Luego murmuró entre dientes
Frasas que no se entendían;
Y al fin, recobrando un poco
De su perdida energía:
“Vé, Jeres”, me dijo, “pronto
Y al señor Conde suplica
Que para una conferencia
Venir al salón se sirva;
Dile que urgente negocio
Su presencia necesita”.

ANTE.— Yo cumplí con estrictez
Tal orden ; Dios nos asista !
Mas creo que entre los dos
Alguna traición maquinan!
Ya veis, querido Montfúar,
Que es segura la perfidia
De vuestro hermano, y debemos
Tomar heroicas medidas,
A fin de parar el golpe
De esa oprobiosa caída.
Vuestra excelente conducta
Ciega confianza me inspira,
A pesar de que al Marqués,
Fraternos lazos os ligan.

MONTUFAR.— El porte vil de mi hermano,
A quien la edad debilita,
A un completo sacrificio

Por nuestra Patria me obliga.
Yo perseguiré á la muerte
En las luchas más reñidas,
Para cubrir con mi sangre
La mancha que me horroriza.

¡Yo pongo, Patria adorada,
En vuestras aras mi vida,
Mi valor, mi pobre hacienda,
Mis trabajos y vigiliass!

La triste ofrenda aceptad,
En pago de culpa indigna!

ANTE.— Vos sois un héroe, Montúfar,
Vuestros hechos me lo afirman.

¡Salgamos, pues, al encuentro
De la fortuna enemiga!

Quizás puedan conjurarse
Los peligros que se miran!

Vé, Jeres, y llama al acto

A Morales, á Salinas,

A Quiroga y mas amigos

Que forman en nuestras filas;

A fin de adoptar los medios

Que la prudencia escogita.

JERES.— Con vuestro permiso.

ESCENA VI.

Ante y Montúfar.

MONTUFAR.— Es tal

Mi posición afflictiva,

Que sólo por vuestro apoyo

Permanezco todavía,

Sin ir á ocultar bien lejos

El rubor que me domina.

¡Qué dirán nuestros amigos

De la negra villanía

Con que el Marqués ha cubierto

Sus blasones?

ANTE.— Sin justicia

Os acusaran, Montúfar,

Por hechos que os ruborizan.

Vuestra conducta será

De las más nobles envidia,
Si, imitando á Tito Manlio,
Vuestro patriotismo olvida
Los vínculos de la sangre
Y el crimen do quier castiga.

ESCENA VII.

Ante, Montúfar, Salinas y Morales.

SALINAS.— Os he buscado, señores,
Para daros la noticia
De que un tratado solemne
A nuestra Patria destina,
A seguir atada al poste
De la esclavitud maldita.
El Marqués de Selva Alegre
Y el Conde Ruiz ya terminan
Ese convenio infamante
Que nuestros planes disipa.

ANTE Y MONTUFAR Maldición !

MORALES.— No hay que abatirse
Ni bajar las frentes tímidas,
Cuando nos hiere la suerte
Con su inflexible cuchilla.
En las desgracias se prueban
Las almas nobles y altivas,
Que, despreciando el peligro,
A vencerlo se dedican.
Por otra parte, señores,
Tengo nuevas positivas
De que Don Carlos Montúfar
A la ciudad se aproxima,
Trayendo plenos poderes
De la Corte de Castilla;
Y, según algunas notas
Muy secretas me lo avisan,
Con sus fuerzas y prestigio
Tiene intención decidida
De fundar la independenciam
De estas lejanas provincias.

MONTUFAR.— Si un Montúfar por cobarde
Su noble casa aniquila,

¡ Quiera Dios que su hijo pueda
Conquistar en nuestras lidias
Los lauros que en el escudo
De un hombre libre rutilan !

ANTE.—

El tiempo es oro, señores,
Quien lo pierde, no lo estima.
Conviene marchar al punto
A acelerar la venida
De Don Carlos, con la cual
Sin duda se reaniman
Las fuerzas de nuestra Quito,
Que se suponen perdidas.
Mandemos dos emisarios
Que de Montúfar consigan
Pronta marcha; y sobre todo
Su protección decisiva.

SALINAS.—

¡ Buena idea ! Yo os suplico
Partáis, Doctor, en seguida,
A hacer con vuestra elocuencia
Esta brillante conquista.
Si Don Pedro os acompaña
Cierto el triunfo sería.

MORALES.—

Tan acertada parece,
Tan prudente la medida
Que ruego os apresuréis
En el momento á cumplirla.
Mientras tanto cuidaremos
Con diligencias activas,
De impedir que se efectúe
Cualquier mala tentativa.

ANTE.—

Vamos, amigo. (*A Montúfar*) Deseo (*A los*
Tengáis la suerte propicia. *¡ demás*)

MONTUFAR.—

Adios, señores ! Su amparo
Os den los Cielos hoy día !

SALINAS.—

¡ Que ellos protejan , también
Vuestra arriesgada partida !

ESCENA VIII.

Salinas y Morales.

MORALES.— La elección de Montúfar, caro amigo,
Nos produce desgracias estupendas;

Difícil miro que después de tantos
Golpes la Patria levantarse pueda.
Yo supuse al Marqués dotado en poco
De talento y valor; mas su nobleza
Le rodeaba de tales garantías,
Que nunca tuve de traición la idea.
¡Qué triste es observar que de la Patria
Los destinos espléndidos se alejan
Por falta de cordura y previsión,
Y talvez de unidad y de firmeza!
¿Por qué al mostrarse tímido Montúfar
No tuvo sucesor la presidencia?
Por qué miramos con desdén culpable
Los públicos asuntos que progresan
Con la asidua atención y el entusiasmo
Que el abnegado patriotismo presta?
Tenemos faltas que llorar, Salinas,
Inclinemos humildes la cabeza;
Mas, retemplando los perdidos bríos
En esa fragua que el dolor caldea,
Recorramos con pasos arrogantes
Del heroísmo la fulgente senda.
Paguemos con la vida nuestras faltas
O demos libertad, independencia
A estas pobres regiones abatidas,
Cual del Nilo las bíblicas riberas.

SALINAS.— Tenéis razón, Morales! Concretados
A los fieros percances de la guerra,
Dejamos en olvido la política
O confiamos en manos inexpertas.
Triste es decirlo! mas también confieso
Que se han trabado estériles contiendas,
Que, llevando tras sí nuestras miradas,
El vigor enervaron de las fuerzas.
Pues, unámonos todos con los lazos
Que en las desgracias el valor estrecha,
Y opongamos sin tregua al enemigo
El muro de invencible fortaleza,
Que forman pechos que respiran sólo
El fuego ardiente de pasiones bélicas.
Hoy que se trata de morir, amigo,
Os recuerdo entusiasta las promesas
Con que eterna amistad nos consagramos

La noche que iniciara nuestra empresa.
¡Muramos juntos, oh mi amigo noble!
Que, al dejar de la vida las cadenas,
Por la inmensa región de lo infinito
Suban veloces nuestras almas tiernas,
Y el dulce ejemplo de amistad heroica
Presenten al Eterno como ofrenda!

MORALES—¡ Oh Salinas! Hacéis vibrar en mi alma
En medio de la angustia que la aqueja,
Los caros sentimientos que nos brindan
En las penurias apacible tregua!
Gracias! mil gracias! Si nos niega Marte
La palma de victoria en la refriega,
¿ Qué mayor dicha que estrechar la mano
Que un fiel amigo generoso extienda?
Y á su influjo magnético llevar
A la muerte por rauda compañera;
Esparcirla do quier en los combates,
Y acabar como impávidos atletas:
Mano en la espada con talante firme,
Altas las sienes y la faz serena!
Y luego confundir en un abrazo
De liga funeral las almas bellas,
Y remontar el vuelo del espíritu
Al coro en que los mártires se ostentan!

ESCENA IX.

Los mismos, Quiroga, Ascasubi y Larrea.

QUIROGA.— Nos comunica Jeres, caballeros,
Que el Conde y el Marqués juntos acuerdan
Un convenio que debe sepultar,
En un abismo de infernales penas,
Las ricas esperanzas de la Patria,
Los destinos supremos de la América.

LARREA.— Si los percances que funestos vienen
A infiltrar en los pueblos la tibieza,
También alcanzan al primer caudillo,
De la Patria las glorias están muertas!
Para qué resistir? Vamos, señores,
A dar al enemigo las cabezas;
Mas llevemos al débil presidente

De nuestras lanzas en la punta férrea.

ASCASUBI.—Pero ¿serán exactas, mis amigos,
Tan increíbles y espantosas nuevas?
No es ilusión ó engaño de la mente,
O es un vano temor de la apariencia?

MORALES.—Cuánto deseo, mi querido Ascásubi,
Que fueran ilusiones ó quimeras
Las verdades terribles que escucháis,
La triste situación que nos rodea!
Mas estamos vendidos! La traición
Contra nosotros con furor se apresta;
Es exacto el convenio que de nuevo
Al poder de la España nos sujeta.
¡No hay, empero, razón para abatirse!
Luchemos con la fé que al hombre eleva
Sobre el vulgo que riega con sus lágrimas.
La mano que le ofende con vileza!

SALINAS.—Volemos, compañeros, al cuartel,
Sublevemos las tropas que nos quedan,
E impugnando el tratado de Montúfar,
Salvemos á la Patria con destreza.
Si nos toca morir ¡qué mayor gloria
Que imitar las hazañas de la Grecia
En la campaña heroica que sostuvo
Contra las huestes que lanzó la Persia!
Sucumbamos cual nuevos espartanos
En torno á nuestra liberal bandera!

QUIROGA.—Bien, Salinas! Marchemos decididos
A ocupar nuestro sitio con presteza.
¡Plegue al Cielo infundir en los soldados
El fuego que circula en nuestras venas!

ESCENA X.

Los mismos y el Marqués, á cuya vista se da la
primera voz.

TODOS.— Atrás!

MARQUES.— Calmad, señores, el furor
Que los semblantes contra mí demuestran!
Tranquilos escuchadme los sucesos
Que voy á relataros sin reserva.

SALINAS. Os atrevéis, Marqués, á presentaros
Con cínico valor, con impudencia,

Ante los hombres que vendéis á España
 Como un rebaño que al corral se lleva!
LARREA. Vive Dios! Si tuviera de asesino
 El infame puñal, os redujera
 A mísero cadáver que á los viles
 Horrible muestra de escarmiento sea!

MARQUES.—Escuchadme, por Dios! Yo no he faltado
 A los deberes que el honor me enseña;
 Solamente he querido que se salven
 De pronta destrucción los que pudieran
 Dotar poco después á nuestra Patria
 Con los dones de próspera existencia.
 Reconociendo al Rey en sus derechos,
 Cual la Junta Suprema resolviera,
 He dado al Conde Ruiz por un tratado
 De esa Junta leal la presidencia.
 El me promete respetar tan sólo
 Del monarca las altas providencias,
 Conservando este reino, en lo posible,
 Libre de toda sujeción ajena.
 Por último me ofrece que serán
 Tratados los quiteños con nobleza
 Sin que á nadie se pueda en lo futuro
 Formarle acusación, pedirle cuentas.

ASCASUBI.—Vanas palabras! ¿Suponéis, señor,
 Que el Conde Ruiz nos cumpla sus ofertas?
 En cuanto ocupe el solio que le dais,
 Tomará la venganza por enseña,
 Y miraréis que inunda nuestras calles
 La sangre que á los libres nos alienta.

MARQUES.—Imposible! Os respondo, mis amigos,
 Que el Conde no procede con dobleza;
 Como buen español sostiene, es cierto,
 Que existe en nuestros hechos infidencia;
 Me ofrece, empero, proceder con tino
 Y hasta con gratitud.....

MORALES.— Palabras necias!
 Suponiendo que el Conde de Castilla
 Quiera dar cumplimiento á sus promesas,
 Nuestras vidas habréis asegurado
 Y á la Patria dejáis cual nunca sierva.
 ¿Pensáis que un castellano como Ruiz
 La libertad de América consienta?

Que teniendo en sus manos el ejército
Contra su patria sublevarse pueda?
La libertad sagrada que aclamasteis
El indigno convenio pisotea.

MARQUES.—Después de las derrotas que han sufrido
Los libres en las próximas fronteras,
Cuando avanzan ejércitos realistas
Contra las cortas huestes que nos quedan:
¿Qué aconseja, decidme, caballeros,
En tal conflicto la sagaz prudencia?
Retardar algún tanto nuestros planes,
Buscando una ocasión mas halagüeña,
O lanzarnos furiosos á la muerte,
Cual si pudiese libertarnos ella?

QUIROGA.—Mas vale perecer en los combates
Luchando por la patria independencía,
Que vivir cual esclavos miserables
Inundando de lágrimas la tierra.
Vos habéis preferido lo segundo,
Esa vida aceptad en hora buena;
Nosotros velaremos por la Patria,
Seremos denodados centinelas
De los derechos que inmoláis, señor,
Por razones que débil os presentan.

SALINAS.—Vuestra conducta disculparse puede
Si nos dais, oh Marqués, una orden vuestra
Que ponga los cuarteles y los barrios
Bajo nuestra inmediata dependencia.
De este modo podemos conseguir
Que el Conde á los tratados se someta,
Y al frente de las tropas, estaremos
Sobre sus actos en constante vela.

MARQUES.—No encuentro inconveniente ni embarazo
En ofreceros la orden: que se extienda. [*Morales*
Con ella yo pretendo demostrar { *escribe la orden.*
Mis buenas intenciones con franqueza,
Que el Conde aprobará sin duda alguna,
Pues, nuestro pacto ejecutar desea.

MORALES.—Está la orden.

*El Marqués toma el pliego que le presenta Morales y lee:
"Invisto de todas mis facultades á los señores Quiroga, Larrea,
Ascásubi, Salinas y Morales. El pueblo y el ejército les presta-*

rán obediencia". El Marqués firma después de hablar las primeras palabras siguientes.

MARQUES.— Muy bien.—Yo la suscribo
Llevando la esperanza mas compieta
De que no habrá desgracias. Dispensadme
Que voy á descansar de mis faenas.

ESCENA XI.

Los mismos, menos el Marqués.

SALINAS.— Nos ha salvado la orden! Procedamos
Con premura y vigor, de tal manera,
Que en el acto el cuartel se nos entregue,
Y que el pueblo nos preste su obediencia.
No hay tiempo que perder; vamos, señores,
Puede un minuto malograr la empresa.

QUIROGA.— Esperadme! Yo juzgo necesario
Concertar de antemano las escenas;
De tal modo que el golpe se descargue
Con el tino que el éxito acarrea.
Marchemos al cuartel con la medida
Que aleje de nosotros las sospechas;
Presentemos esta orden, y en seguida
Arreglemos las tropas con firmeza,
Arrojando á los viles que el realismo,
Como una manda de su Dios veneran.
Completemos las bajas con el pueblo
Que permanece fiel, y á su cabeza
Sostengamos con honra los principios,
Que nos dan libertad, que nos elevan.

MORALES.— Muy bien dicho! Lanzémosnos, señores,
Que el tiempo pasa con veloz carrera.

(Al salir se encuentran con Matheu.)

ESCENA XII.

Quiroga, Salinas, Morales, Ascásubi, Larrea y Matheu.

MATHEU.— Ya todo está perdido, caballeros,
Pues que Arredondo en la ciudad penetra,
Y á la Junta Suprema de Sevilla

Con huestes numerosas vitorea.
Al paso vencedor, de los cuarteles
Sin obstáculo alguno se apodera.
Volemos al encuentro de Montúfar
Que con poderes de la Corte llega;
Invoquemos el nombre de la Patria,
Y pidamos su auxilio, su defensa,
En pro de los derechos sacrosantos
Que ha reclamado para sí la América.

LARREA.— Meditad, señores, que la fuga
Cubrirá nuestros nombres de vileza;
Yo prefiero morir en este sitio
A llenar mi memoria de vergüenza!
Dejad que nos arrastren los tiranos
Hasta los muros de prisión horrenda;
Que el cadalso se tiña con la sangre
Que nuestros cuerpos mutilados viertan,
Pues, ella será el riego fecundante
Que eleve luego libertad excelsa.

ASCASUBI.— Tenéis razón! La América verá
Nuestro suplicio con profunda pena,
Y palpando los males horrorosos
Que solos forman su fatal herencia,
Se alzaré valerosa contra España,
A vengar sus ultrajes y su afrenta.

MORALES.— Si acaso el abnegado sacrificio
Que podemos hacer de la existencia
Viniese á asegurar para la Patria
Un claro porvenir que la engrandezca,
Apoyara este plan con entusiasmo,
Mil tormentos gozoso yo pidiera.
Mas ¿por qué renunciar á las ventajas
Que pueden obtenerse en las refriegas?
Por qué bajar los cuellos ante el hacha,
Si es mas glorioso manejar la diestra,
Y recibir la muerte combatiendo
Mientras el cuerpo su vigor conserva?

SALINAS.— ¡Contra la muerte indigna del cadalso,
Señores, el orgullo se subleva!
Envidiable es morir como soldado,
Esparciendo el terror en las peleas;
Mas, presentar las manos á los hierros
Con humilde actitud y con bajeza,

Es un acto cobarde, cuya imagen
Exalta, caballeros, la conciencia.
Busquemos á Montúfar; en sus filas
Hallaremos la muerte por do quiera.

ESCENA XIII.

Los mismos, Mansanos y soldados.

MANSANOS.— Sois presos! Entregad vuestras espadas
Que el Conde de Castilla lo decreta!
Soldados, desarmadlos!

SALINAS.— (*Desenvainando la espada.*) Miserable!
Llevad nuestros cadáveres por presa!

QUIROGA.— Alto, Salinas! Pues, si Dios resuelve
En los juicios de su alta providencia,
Que den los libres expiatorias víctimas,
Que la Patria sus mártires ofrezca,
Aceptemos con júbilo esa suerte,
Sufriamos el martirio con grandeza.
¿Acaso no hay valor en conformarse
Con los decretos de fortuna adversa?
¡Allí tenéis, Mansanos, esa espada (*La arroja.*)
Que pensaba esgrimirla con fiereza!

SALINAS.— ¡Tan noble ejemplo de valor sublime
Me conmueve, me arrastra con su fuerza!
Tomad la espada que en las lides supo
Vibrar con energía! (*Arroja la espada.*)

TODOS.— (*Arrojando sus espadas.*) Van las nuestras
A su lado.

MORALES.— Mansanos, tal triunfo

Os gloria!

MANSANOS.— Soldados recojedlas! (*(Toman los*
Mientras el Conde con justicia aplique } *soldados*
Contra la inicua rebelión la pena, } *las espadas.*)
Os dejo retenidos por lo pronto
En esta sala—¡Guardias, centinelas!
Vigilad á los presos con cuidado,
Porque supongo que evadirse intentan!
Hasta vernos!

TODOS.— Marchad sin desconfianza.

ESCENA XIV.

Los mismos, menos Mansanos.

- LARREA.— Hétenos encerrados como fieras!
Pardiez! estoy seguro que esta noche
Nuestros tiranos la prisión celebran
Con públicos trasportes de alegría,
Con los clamores de gloriosa fiesta!
- AFCASUBI.— Os confieso, señores, con verdad,
Sin que peque por ello mi modestia,
Que recibo con gusto los rigores
A que la mala suerte nos condena.
Ellos preparan el cadalso triste,
En el cual moriremos con certeza,
Pero la fe me infunde la esperanza
De que forman la tumba justiciera,
Que sepulte el imperio de Castilla,
Que castigue el oprobio de la América.
- MATHEU.— ¡Qué brillante presagio! También creo
Que la gloriosa redención se acerca!
Saludemos con vítores unánimes
Al sol de Libertad que ya flamea!
- TODOS.— ¡Viva la Libertad!
- MORALES.— No gozaremos
De su dulce calor, de sus bellezas;
Pero veo su imagen esplendente,
Aspiro sus efluvios de pureza!
Cuando el astro monarca del espacio
Se acerca á nuestro cielo en su carrera,
De la aurora en las brisas y destellos,
Ya se siente su mágica influencia!
- QUIROGA.— ¡Qué importa, caballeros, que la Parca
En nuestro torno con furor se mueva,
Si vamos luego á revivir dichosos
En esos campos de inmortal esfera?
- SALINAS.— ¡Grato es morir, cuando una muerte pura
Traza en la historia luminosa estela!
Grato es morir, cuando la Patria puede
Tomar de nuestra sangre la existencia!
Muy dulce es perecer, cuando la vida
Se agita entre el horror de las cadenas,
Cuando al romper los lazos de la carne,

El cielo de los héroes nos espera !
LARREA. — ¡ Cual funéreo blandón, mortuoria lámpara
Que da sus resplandores en la huesa,
En nuestra tumba brillará perenne
La bendita memoria que se deja
Al practicar el bien, sin que una lágrima
Se haya hecho derramar con imprudencia!
Si las revoluciones siempre han sido
Un furioso huracán, una tormenta,
Que muerte y destrucción han derramado
En el trayecto de su horrible senda,
Cual las hordas de Atila que miraban
La tierra al golpe de sus plantas yerma;
Si en el noventa y tres regó á torrentes
Su sangre la República francesa,
El año nueve lucirá tan límpido,
Como del alba la radiante estrella.

MORALES. — Nos hallamos al borde del sepulcro,
Pisamos de la vida las fronteras;
Y de alta previsión siento en el alma
El fuego que me arrastra, que me eleva
Sobre la cumbre de futuros años,
Levantada cual tripode en la tierra.
Y veo combates que se libran
Entre mi Patria y la feroz Iberia,
En los cuales se eclipsan las hazañas
Que la lira de Homero nos celebra.
Irradiando la aureola de la gloria,
Un Héroe en las batallas se presenta,
Cuyas armas despide ese brillo
De las armas vulcánicas de Eneas,
Que produce el terror en los hispanos,
Que sus huestes furiosas desordena.
En su frente del genio resplandece
El ínclito fulgor: su vista aterra
Como el rayo emisario de altas iras,
Cual la vibrante, colosal centella.
Con su voz domina los clamores
Que espantosos se escuchan en la guerra,
No es dudoso el triunfo, lo consigue
Y da los dones de la paz benéfica.
Tan noble como Washington, á la Hija
Del inmortal Colón sabio le muestra

El difícil camino del progreso,
Del alma libertad la faz espléndida;
Y nuevo Cincinato se retira
Al abnegado hogar de la pobreza.

ASUASUBI.—Y tal vez del Pichincha en la alta cumbre,
Sobre las lavas del volcán se vea
Tremolar la bandera de los libres,
Tras de una lucha funeral, sangrienta;
Y los bramidos del potente cráter
Quizá los himnos de victoria sean!

MATHEU.—Ardoroso entusiasmo nos inspira,
Caros amigos, esta voz profética!
Talvez en el espacio nuestras almas
Estremecidas de placer se ciernan,
Y al grito de triunfo nuestros huesos
De júbilo en la tumba se conmuevan!

QUIROGA.—Venga la muerte! Que su horror no alcanza
Al que su pecho el entusiasmo llena!
Venga la muerte! Misterioso paso
Que nos conduce á la región etérea,
Donde el Eterno con poder omnímodo,
Con su clemente voluntad impera!

ESCENA XV.

Los mismos, Mansanos y Bustillos.

BUSTILLOS.—El Conde de Castilla á los rebeldes
Mudar de prisión al acto ordena!
Entrad, soldados, y llevadlos presto
Al calabozo que al infame encierra!

MORALES.—Gracias Bustillos! Un encomio noble
Nos hace vuestra bondadosa lengua!
Vamos, señores!

SALINAS.— Como el Rey de Esparta
De su vida en la noche postrimera,
Amigos, os invito á saborear
En los dominios de Plutón la cena!
Viva la libertad!

TONOS *los Patriotas* Viva mil veces!

SALINAS.— Que sus primeros mártires perezcan!

TODOS.— ¡Hurra! (*Salen con los soldados.*)

ESCENA XVI.

Bustillos y Mansanos.

MANSANOS Qué necios! Los facciosos juzgan
En su torpe y estúpida demencia,
Que al momento vendrían á libertarlos
Y que alcanzarán erguidos la cabeza.
Vive Dios! si el evento columbrara
De tal fortuna, con mi mano diestra,
En el pecho de viles insurgentes
Hasta su mango mi puñal hundiera!
Las rudas amenazas de tortura
Y sus injurias todavía sueñan,
Como el ladrido de furiosos perros,
Como el ronco graznar de ave siniestra.

BUSTILLOS.—Yo tampoco, Mansanos, he borrado
Del recuerdo ninguna peripecia
De aquellos días de fatal memoria
En que imperaba rebelión funesta!
Todavía me espantan con su brillo
Esos cinco puñales que blandieran,
Cuando nos vimos en la red infausta
Que nuestra corta previsión tendiera!
Yo miro dibujarse en sus semblantes
La risa desdeñosa de la fuerza;
Siento en mi brazo dolorosa herida,
Me lastiman sus voces altaneras.
; Oh! venganza, Mansanos, sin piedad!
Venganza pide la terrible ofensa!

MANSANOS.—Sí, Bustillos! También mi pecho hierve
Con el deseo de venganza horrenda!
Derramada la sangre de los viles,
Desgarrados sus cuerpos en la rueda,
Todavía clamara por venganza,
Colocando sus restos en la hoguera
Y esparciendo en el aire sus cenizas
Como ese polvo que los piés avientan!
Ultrajar el esclavo americano
Al que en la gran Península naciera!
Ofender con sacrílegos baldones
Los títulos de histórica nobleza
Oh! tales expresiones de mis labios

Salen candentes, con su ardor me queman!
Dios y el Rey solicitan la venganza,
Tomémosla, Bustillos, con presteza!

ESCENA XVII,

Bustillos, Mansanos y Fuertes.

FUERTES.— Os traigo, caballeros, la noticia
De que el Conde de Castilla ya se apresta
A proteger con débil mansedumbre
De los rebeldes la inmoral defensa.
Acaba de ordenar que se les trate
Con la blandura que la ley condena;
Guardarán su prisión, no en calabozos,
Sino en las galerías descubiertas
Que tiene este palacio.— ¿Qué decís?

BUSTILLOS.— Que es forzoso impedir que tal suceda,
O dar á los rebeldes fiera muerte,
Antes que el viejo su poder extienda!
¡A la obra, compañeros! pues, nos ligan
Los mismos votos de venganza acerba!
Sí! yo os juro que el pecho se estremece
De soberbio furor, que se impacienta,
Al mirar retardados los momentos
De contemplar vengadas mis afrentas!

MANSANOS.— Muy justa indignación! Cuando supongo
Que el viejo Presidente los proteja,
Siento con furia circular la sangre,
Parece que me salta de las venas!

BUSTILLOS.— ¿No recordáis, señores, que el anciano
Alegaba por ellos sin vergüenza,
Predicando con místicas palabras
Que la blandura Jesucristo enseña?
No citó mil anécdotas curiosas
En favor de sus débiles ideas?
¡A la guerra lanzémosnos, amigos,
Aunque el viejo al culpable favorezca!

FUERTES.— Mas discurrid que el Conde de Castilla
Con elementos poderosos cuenta,
Para llevar á cabo sus proyectos
Y reducirnos á absoluta inercia.

MANSANOS.— Y ¿no podemos oficiar á España

Relatando los hechos que acontezcan?
No meditáis que entonces enviarían
Fuerte empleado que el poder sostenga!
No será la adhesión que comprobamos
Preuda brillante, que talvez merezca
Un alto nombramiento? No pensáis
Que así los viles en castigo tengan?

BUSTILLOS.— ¡Vana esperanza de un futuro incierto,
Que se evapora con cualquier simpleza!
La venganza que cae como el rayo,
Que sigue sin intervalo á la ofensa,
Es la que causa la suprema dicha,
Cual de los dioses el divino néctar.
¡Proponed al sediento que demore
Agotar claro vaso de agua fresca,
Para darle mas luego turbias heces,
Que despreciara el sol en una ciénega!...

FUERTE.— Mas ¡cómo conseguir en el instante
Esa venganza que el placer completa?
Cómo obtener que Ruiz nos proporcione
La ocasión inmediata de ejercerla?

BUSTILLOS.— ¡Se me ocurre, señores, al momento
Rápido medio de eficacia plena!
Viva la España!

MANSANOS.— Mas, decidnos pronto
Cuál es el medio que intentarse deba.

BUSTILLOS.— Se ordena á los soldados de la guardia
Que pongan todos vigilancia extrema,
Indicando que el pueblo se dispone
A arrancar á los presos por la fuerza;
Se manda que al primer golpe de mano
Se mate á los rebeldes sin espera;
Y luego se conquista entre las masas
Algunos hombres que al intento vengan....
Me entendéis?

MANSANOS.— ¡Oh Bustillos! sois un genio!
Nos salváis del conflicto con certeza!
Viva el rey!

FUERTE.— Sí, mi amigo, sois un héroe!
Os rindo mi cordial enhorabuena!
A la obra sin retardo, pues, opino
Que el triunfo consiste en la presteza!

(Al salir se encuentran con el Conde.)

ESCENA XVIII.

Los mismos y el Conde Ruiz.

RUIZ.— ¿A dónde vais, señores, tan de prisa?
Por qué miro el calor en vuestras frentes?

BUSTILLOS.— Grave disputa con Mansanos tuve
Acerca del sentido de unas leyes,
Que deben aplicarse sin demora
En un proceso que en la Audiencia pende.
Dispensad, señor Conde, que marchemos,
Pues, la contienda la atención merece.

RUIZ.— Id, señores! Me place que tengáis
La asidua contracción de buenos jueces.

Todos.— A vuestras plantas.

RUIZ.— Entornad la puerta,

Porque quiero que nadie me moleste.

*[Al salir corren los cerrojos exteriores de la
puerta, y dejan encerrado al Conde.]*

ESCENA XIX.

El Conde de Castilla.

Estos hombres meditan, según creo,
Algún proyecto que evitarse debe,
Porque en sus negras almas la perfidia
Y otros mil vicios el imperio tienen.
Necesario es poner en su conducta
La más viva atención que no les deje
Llevar á cabo sus malditos planes,
Que á la venganza de seguro tienden.
¿No se atrevieron el rigor insano
Como un medio eficaz á proponerme?
No hicieron ardorosa apología
De los tiranos que la historia siente
Colocar en el rango de los hombres,
Cuando á las fieras en furor exceden?
..... En verdad que la España á sus colonias
Domina sin el tino que enaltece
El poder, pues que envía á estas regiones
La más inoble y pervertida gente.
¿Cuál será, Dios Eterno, el desenlace

De la lucha que América ya emprende
Contra la pobre España sometida
Al yugo del tirano que aborrece?...
....Patria infeliz! Deploro tus desgracias,
Me rompe el corazón tu aciaga suerte!
Reina de las naciones! Humillada
Ahora abates tus altivas sienes
Ante el cetro del Déspota orgulloso,
Que el mundo entero con un signo mueve!
¿Qué se hicieron las glorias envidiadas,
Por qué veo marchitos tus laureles?...
....Patria mía! levántate robusta,
Sacude ya el sopor que te envilece!
¿Acáso el nombre de Bailén no prueba
El valor invencible de tus huestes?
¡Guerra á los extranjeros! Muestra al mundo
Que eres la cuna de los hombres fuertes,
Los dignos sucesores del Gonzalo,
Que desterró de Italia á los franceses!
Ellos te invaden! ¿En tu propio suelo
Serás vencida tú?...Mas qué sucede?
Se oyen mil ecos de rumor confuso,
El choque de las armas me estremece!
Qué será? Yo presiento algún desastre,
Y voy á descubrir. (*Hace esfuerzos en la puerta.*)

*Durante esta
escena se de-
jarán oír en
el interior los
gritos, choque
de armas &
de que habla
el Conde.*

Oh Dios clemente!
La puerta se resiste á mis esfuerzos,
Talvez corridos los cerrojos tiene!
Llamaré á la ventana ¡Hola, soldados,
Venid á libertar al Presidente!
Qué miro, Dios Supremo! Qué espectáculo
A mis ojos terrible se aparece!
Mil soldados furiosos se abalanzan
Contra los desarmados insurgentes,
Y con la furia del chacal hambriento,
Los acosan do quier, los acometen,
Con golpes furibundos que desgarran
Los cuerpos de las víctimas inermes,
Que reciben gozosos sus heridas,
Elevando mil vítores ardientes!.....
....Ya la sangre se riega en abundancia
Y los verdugos su furor no ceden!
Hola, soldados! Suspended los golpes,

Tales hechos deshonoran al valiente!
Y no me escuchan! pues, feroz el crimen
Con mano ruda sin descanso hiere!....
.....Nefando día! Tu memoria infausta
La patria historia manchará por siempre,
Y en las frases que pinten tus sucesos
Talvez mi nombre con horror se mente!
¿Por qué he dejado que de mí se burlen
Cual de torpe escolar los insolentes?
Oh! Pagarán bien caros sus delitos,
No tendré compasión para el aleve!
Solo así borraré de mis blasones
La mancha horrible que á poner se atreven!.....
.....Y mientras tanto! con tormentos crudos
Los prisioneros infelices mueren,
Sin que pueda extenderles, cual deseo,
La mano protectora y diligente!....
Maldición! Ya los presos sólo forman
Un montón de cadáveres inertes!
Mas, oh prodigio! ¿Qué pavor de súbito
A los verdugos en su ardor detiene?
Parece que las furias se presentan
Con su aspecto feroz, con sus serpientes,
A cuya vista con espanto fugan,
Como el impío, parricida Orestes!
Luego se escuchan entusiastas voces,
Ya se elevan mil vítores alegres,
Que proclaman el nombre de la Patria,
Y al Cielo piden porvenir fulgente....
“¡Libertad! libertad!” los ecos raudos
Do quier repiten “¡libertad ó muerte!”
¿Qué resulta? Clamor de espanto y rabia
Sucede al entusiasmo de repente,
Y un formidable, colosal rugido,
Que sale de mil pechos, me conmueve
De la hecatombe la sangrienta vista
Sin duda arranca ese clamor ingente.
.....No puedo soportar estas escenas,
Siento que al alma su dolor la vence!
Entúbianse los ojos, y mi cuerpo,
Rendido de cansancio, desfallece!.....
¿Por qué me has hecho, poderoso Dios,
De fortuna malévolas el juguete!



Por qué en un día de mi noble España
La gloria y el honor se desvanecen,
Pues que ya miro tras el negro crimen
La victoria que alcanzan los rebeldes?
Por qué he vivido dilatados años,
Por qué en la cuna no acabó mi suerte?

ESCENA XX.

El Conde, Ante, Montúfar y soldados.

ANTE.— ¡Oh Conde de Castilla! sois culpable
Del crimen mas nefando, mas alevel!
Habéis dejado que la vil canalla
En nobles pechos con furor se cebe!
Maldición sobre vos!

RUIZ.— ¡Oh Doctor Ante!
Arrastradme al patíbulo inclemente;
Para el triunfo del partido vuestro,
Mi pronta y fiera destrucción conviene!
Pero alejad de mí tales sospechas,
Pues, limpia elevó sin rubor la frente!
La triste situación en que me veis
Encerrado entre lúgubres paredes,
Los actos de mi vida, que han formado
Páginas sin mancha ni dobleces:
¿No son, decidme con la mano al pecho
De inocencia las pruebas elocuentes?
¡Dad un suplicio de feroz tortura,
No al asesino, sí al adverso jefe!

MONTUFAR.— Os creo, señor Conde! Vuestra vida,
Dechado de nobleza, resplandece;
Vuestro nombre mas límpido se ostenta
Que del Pichincha deslumbrante nieve!
Vuestras canas tendrán entre nosotros
Todo el respeto que virtud merece!

ANTE.— ¡Escuchadme, señores! De España trae
Don Carlos de Montúfar los poderes
De supremo mandante, y el ejército
Rendido y entusiasta le obedece.
Permitid que, aunque indigno, su persona
En este acto supremo represente.

El glorioso contraste con el gura
de la vida de Col el mundo
de la vida de la ando;
de la vida de la frente
de la vida de la eroso,
de la vida de la adente
de la vida de la misterioso.

MONTUFAR Y SORDANOS

se percibe
elical figura,
perfil describe
genio y la cordura.
esclama suplicante
desde el lecho de dolores,
nombrado padrino

Publicamos todo de mis cándidos amores;
por el Sor. Don, J. pues, amante
lugar en Quito celestial destino,
mención honriendo que sus sienas purifique
la noche del agua del bautismo bienhechora;
empeñador el as cuida que tu afecto le dedique

Nombre que vierta música sonora,
Pues, pide su hermosura
Llamarle con dulzura:
¿No es verdad?"—"No te aqueje tal recelo,
Querida hermana," respondió el Ministro,
"Ya verás que registro
De los santos del Cielo
El inmenso catálogo, y que elijo
El bello nombre que pondrán á tu hijo."

Dos horas han pasado.—Se oye alegre
La voz del sacerdote que regresa,
Y la dama curiosa y anhelante
Sacó de las cortinas la cabeza;
Y dijo palpitante
De amor y de entusiasmo:
"¿Qué nombre tiene el niño, hermano mío?"
Qu—"Simón!"—"Es un sarcasmo
Y es que escucho de tí punzante y frío?
Por espóndeme qué agravio
Cielas recibido del fraterno labio?

Por
La **g**uirlón furioso, que en cenizas
Pues **e**rte la verdura
La **v**iasma letal el aura pura.
Por qu
Por qu**as**, la gloriosa y noble cuna
os héroes que la tierra admira,
odavía su fortuna,
arro del poder de España....
si mi lira

El Conde, **A**rar con vivo acento
ento,

ANTE.— ¡Oh Conde de la opresión extraña!
Del crimen mas con sus colores
Habéis dejado que **q**ue presenta
En nobles pechos con los rigores
Maldición sobre vos!

RUIE.—

¡Oh Doctor **A**itiva
Arrastradme al patíbulo inclen.
Para el triunfo del partido **v**iva
Mi pronta y fiera destrucción
Pero alejad de mí tales sospechas,
Pues, limpia elevó sin rubor la fre
La triste situación en que me veis
Encerrado entre húgubres paredes,
Los actos de mi vida, que han formada
Páginas sin mancha ni dobleces:
No son, decidme con la mano al pecho
De inocencia las pruebas elocuentes!
¡Dad un suplicio de feroz tortura,
No al asesino, sí al adverso jefe!

MONTEFAR.—

Os creo, señor Conde! Vuestra vida,
Dechado de nobleza, resplandece;
Vuestro nombre mas limpio se ostenta
Que del Pichincha deslumbrante nieve!
Vuestras causas tendrán entre nosotros
Todo el respeto que virtud merece!

ANTE.—

¡Escuchadme, señores! De España trae
Don Carlos de Montefar los poderes
De supremo mandante, y el ejército
Rendido y entusiasta le obedece.
Permitid que, aunque indigno, su p
En este acto supremo represente.

La antorcha del talento que fulgura
Con la llama divina,
Que comunica Dios al que del mundo
Arregla el orden con saber fecundo;
Pues, se destaca su espaciosa frente
Con el fulgor del genio poderoso,
Y sus ojos irradian esplendente
Un brillo que conmueve misterioso.

A lado de la madre se percibe
De un sacerdote angelical figura,
De cuyas formas el perfil describe
La bondad, el ingenio y la cordura.
“Hermano mío”, esclama suplicante
La madre desde el lecho de dolores,
“Te he nombrado padrino
Del fruto de mis cándidos amores;
Inicia, pues, amante
Su celestial destino,
Haciendo que sus sienes purifique
El agua del bautismo bienhechora;
Mas cuida que tu afecto le dedique
Nombre que vierta música sonora,
Pues, pide su hermosura
Llamarle con dulzura:
¿No es verdad?”—“No te aqueje tal recelo,
Querida hermana,” respondió el Ministro,
“Ya verás que registro
De los santos del Cielo
El inmenso catálogo, y que elijo
El bello nombre que pondrán á tu hijo.”

Dos horas han pasado.—Se oye alegre
La voz del sacerdote que regresa,
Y la dama curiosa y anhelante
Sacó de las cortinas la cabeza;
Y dijo palpitante
De amor y de entusiasmo:
“¿Qué nombre tiene el niño, hermano mío?”
—“Simón!”—“Es un sarcasmo
El que escucho de tí punzante y frío?
Respóndeme qué agravio
Has recibido del fraterno labio?”

La súplica que te hice fervorosa
Calificas de tal, ó has pretendido
Defraudar la confianza
Que puse en tí ?—“Pero oye silenciosa,
Y torna en esperanza
El enojo que el seno ha concebido:
Después de amarga prueba
Que halague tus oídos fausta nueva”.

“Poco antes del bautismo, yo imploraba
En ferviente oración divino amparo;
Brillante porvenir yo reclamaba
Para este niño que me ha sido caro.
Mi enardecida mente
Se agitó de repente
En éxtasis sagrado, y conducida
A la región etérea del destino,
Triste miró á la Patria sumergida
En el infausto síno
Del esclavo que tiene
Henchido á su amo de furor perene.
Muerte, desolación, ruinas y llanto,
Del látigo ei chasquido
Y el pungente gemido
Que arrancan la miseria y el quebranto.....!
Este cuadro, estos ayes me affligieron
Y mis fuerzas humanas se abatieron!”

“De súbito las nubes se rasgaron,
Sacudió el aire formidable trueno,
Y cantos melodiosos se escucharon,
Conmoviendo benéficos mi seno.
*¡Gloria á Dios en la altura,
Pues El da la ventura
A los pueblos de América oprimidos!
Ya cesarán sus penas, sus tormentos,
Y al grato son de bélicos acentos,
Obtendrán libertad, paz y renombre!
En este niño veo
Al SIMON MACABEO
De América del Sur ¡Gloria á su nombre!
—¡Gloria á BOLIVAR, á SIMON el GRANDE!
Mil voces repitieron,*

Y en concierto de mágica armonía,
Los vítores ardientes concluyeron”.

Yo contemplé después un panorama
Dibujado con vívidos colores,
Que ocupaba infinito el horizonte,
Deslumbrando con místicos fulgores.
Aquí se ve un combate
En que España se abate
A las plantas de un Héroe poderoso;
Se alza, empero, el León, y más furioso
Per allá se presenta;
El Héroe lo persigue
Sin tregua alguna con mirada atenta;
Y con brazos hercúleos consigue
Oprimir á la fiera que le irrita,
Y elevar pura libertad bendita.
Luego desprecia el cetro de los reyes,
Y al noble influjo de benignas leyes,
Coloca los cimientos
De dicha y poderío.....
De Colombia la Grande los portentos
No es digno de contar el labio mío.....
.....Mas ese Héroe, querida,
En formas varoniles,
Recuerda los perfiles
Del bello niño á quien has dado vida.
¡Gloria á SIMON el MAGNO, al MACABEO
De América del Sur! voces ardientes
De nuevo repitieron;
Y mis ojos le vieron
En su alto pedestal, en su apogeo,
Irradiando fulgentes
Destellos de victoria!
¡Puede, hermana, talvez darle otro nombre
Que el que pide solícita la gloria
Para el futuro colosal Prohombre?
¡Dichoso yo, que nuevo Simeón tuve,
Con afecto profundo,
Sobre mi brazo al Redentor de un mundo!

